

HOMENAJE

A

JESUCRISTO

REY DEL UNIVERSO

AL FIN

DEL SIGLO XIX

U
01

~~29~~32



BU

13962

HOMENAJE Á JESUCRISTO

T. 40957

C 57460

BPE Burgos



3357460 BU 1801

11

12

13

14

15

X



11
12

HOMENAJE DE ALABANZAS

QUE OFRECEN

A

JESUCRISTO

REY DEL UNIVERSO

AL FIN DEL SIGLO XIX

LOS HERMANOS ESTUDIANTES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

EN EL COLEGIO DE BURGOS

89



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1901







ADVERTENCIA

CONFORME á su método de estudios, suelen los estudiantes de la Compañía de Jesús en todas sus clases, pero principalmente en las de letras humanas, al mismo tiempo que aprenden la teoría preceptiva, ejercitarse en la práctica literaria.

Sus ejercicios, unos son privados dentro de casa, como la composición de sermones, disertaciones, poemas, que luego declaman ó leen ante sus hermanos; otros son públicos, de academias, declamaciones y recreos literarios, en que ante un auditorio amigo ensayan sin peligro las fuerzas que han de manejar más tarde en verdadera lucha contra el mal.

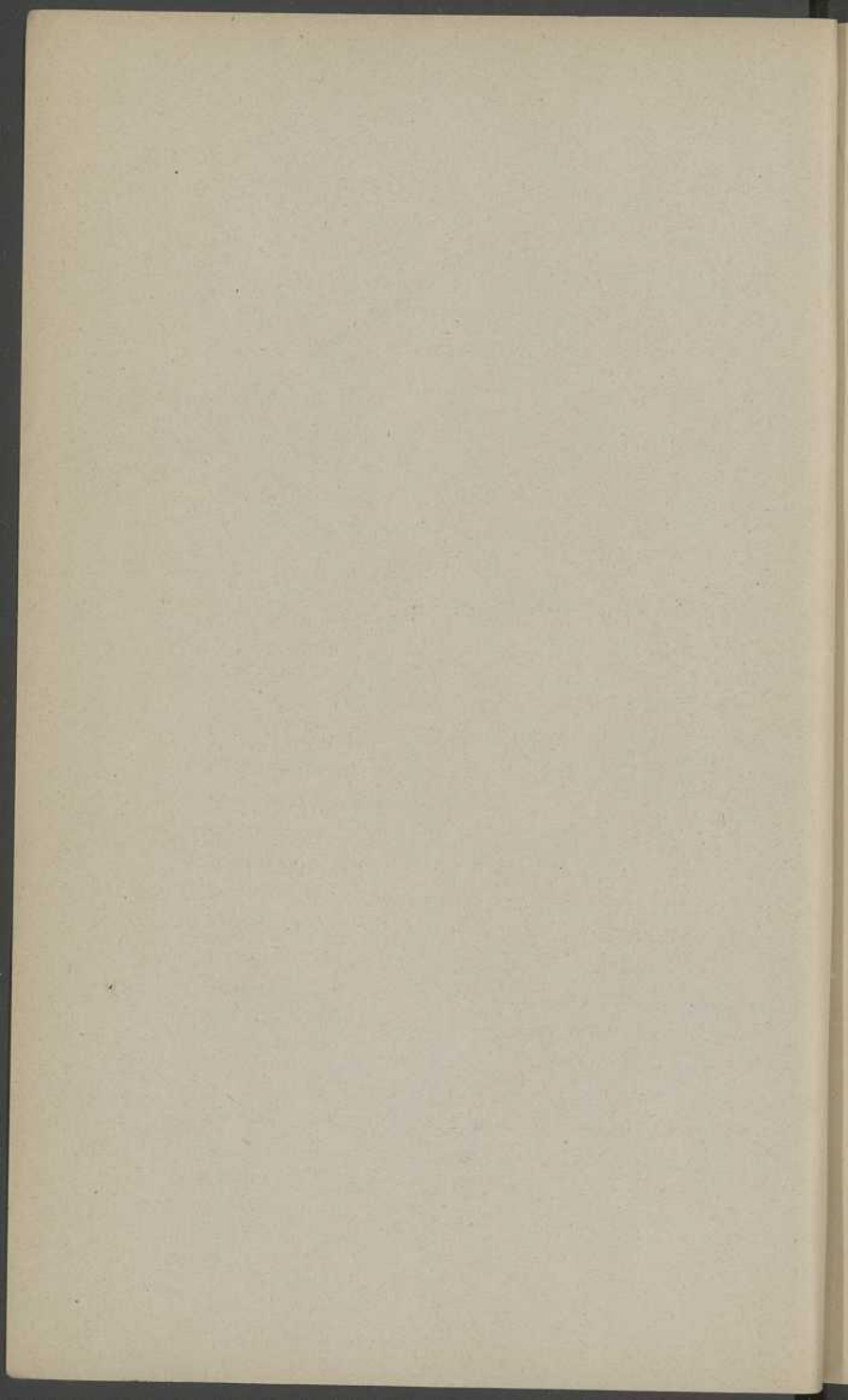
De estos actos el más solemne suele ser el último, al terminar el curso escolástico. Consiste por lo regular en una academia literaria, en la que declaman de memoria una serie de composiciones en prosa y verso, compuestas por ellos mismos bajo la dirección del profesor, siguiendo un plan preconcebido sobre algún tema acomodado á sus fuerzas. Así, los estudiantes de retórica y poética de la Compañía de Jesús en el Colegio de La Merced de Burgos han tratado, en distintos años, de Colón, de las Navas de Tolosa, de la dominación española en América, del Coliseo; y en este último año, de Nuestro Rey y Señor Jesucristo, á quien, al terminar el siglo, todo el orbe católico quiere y debe rendir homenaje.

Los caballeros burgaleses, siempre benévolos para cuantos ejercicios de éstos jóvenes han presenciado, acogieron este con más cariño tal vez que ninguno. Lo cual nos ha inspirado imprimir lo que agradó cuando se dijo; por si todavía tienen fuerza aquellos conceptos para hacer que alguno, leyéndolos, conozca y ame un poco más á Jesucristo, cuyo conocimiento y amor es la vida verdadera.

Nadie espere, pues, en esta academia portentos de ciencia ni milagros de arte. Sus autores, niños aún en los estudios, saben poco. Novicios en el discurso, no profundizan mucho. Ineruditos de archivos y bibliotecas, no han descubierto nada. Su ciencia es la de unos cuantos libros de molde que su profesor les proporciona. Su fuerza la que un corazón virgen calentado por una imaginación de primavera les comunica. Si esto se tiene en cuenta, nadie les exigirá más, y todos juzgarán con benignidad y leerán con gusto estos cantos juveniles, que los retóricos de la Compañía de Jesús entonaron en su nido, para manifestar que también ellos aman y desean que todo el mundo ame con toda su alma á Jesucristo Nuestro Señor.



DISCURSO PRELIMINAR





DISCURSO PRELIMINAR

SEÑORES:



HOY, al presentarnos otra vez con los humildes frutos de nuestras faenas literarias ante vosotros, que tantas veces nos habéis honrado con vuestra atención, venimos (permitidme que os lo diga francamente) venimos á buscar, digo mal, venimos á exigir vuestros aplausos.

Pues qué tan galana va á ser nuestra frase? tan originales nuestras ideas? tan pintorescas y artísticas nuestras concepciones? tan magníficos y llenos de luz nuestros cuadros?

No, Señores.

Sería intolerable presunción y orgullo exigir vuestros aplausos por la belleza de nuestra obra, que será ninguna. No; no pedimos vuestra aprobación para

nosotros, ni para nuestro estilo, ni para nuestra poesía, ni para nada que á nuestros méritos atribuirse pudiese.

Á quien no tendréis más remedio que aplaudir es al objeto de nuestra academia.

Porque vamos á tratar de Jesucristo Rey; y muy embotado había de estar el estilo de uno que, siquiera medianamente, amase á Jesucristo, para no triunfar con este argumento; y rota sería menester que estuviese hasta la última cuerda de nuestra lira, para que hoy no vibrase con fuerza desusada, y no os moviese á prorrumpir en entusiastas aclamaciones.

Se acaba el siglo XIX; pero ántes que se acabe, vamos á entonar á Jesucristo Rey de los siglos el himno que se le ha venido entonando al fin de los dieciocho que nos han precedido, y que se le ha de entonar al fin de cada uno de los siglos venideros, y ha de resonar por la tierra el último día del último de los siglos, cuando á vista de todos los hombres aparezca este Señor sobre las nubes, radiante de gloria y majestad, destellando resplandores entre luminosos escuadrones de bienaventurados espíritus.

Vamos á entonarle el himno que el mundo religioso, rotas las torpes divinidades paganas y disipadas las sombras del hebraísmo, entona á Jesucristo proclamándole Sacrificador y Víctima de los altares; el himno que el mundo libre entona á Jesucristo su Libertador, el mundo civilizado á Jesucristo Civilizador, el mundo científico á Jesucristo Maestro de la verdad, el mundo artístico á Jesucristo Fuente de inspiración, el mundo guerrero á Jesucristo Pacífica-

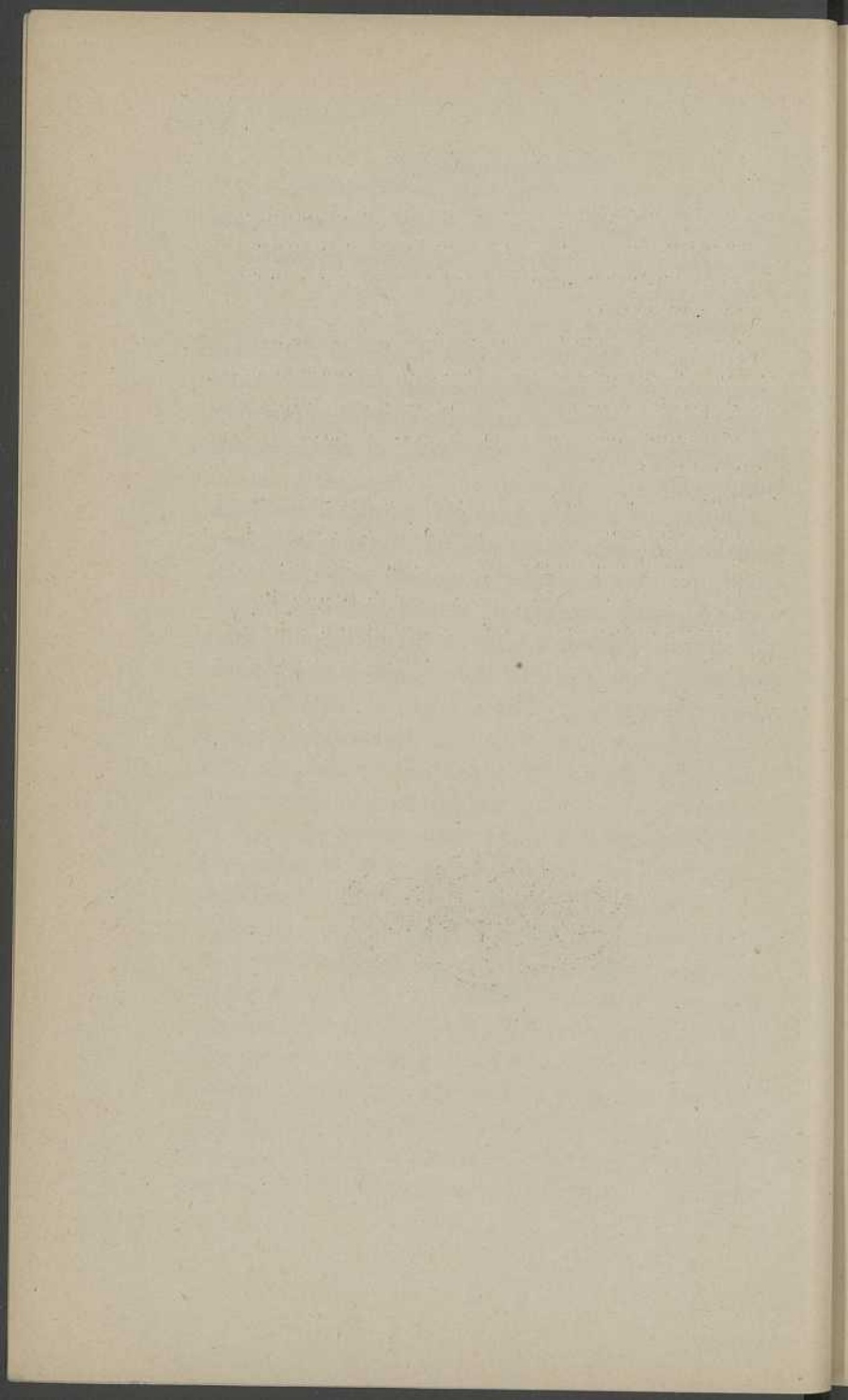
dor de las naciones, y en fin, hasta el mundo impío á Jesucristo su Domeñador, que le hace exclamar á su pesar entre los gritos de su desesperada derrota: «¡Venciste, Galileol!»

Pero, basta, Señores: no es bien que yo desflore el trabajo de mis hermanos. Ellos van á conduciros por el campo de la historia, haciéndoos notar el rastro de luz clarísima que en él ha dejado el paso de este Hombre-Dios.

Empiece ya el canto á templar vuestros corazones: y ojalá acertemos á entusiasmaros tanto por Jesucristo, que al concluirse esta velada y al entrar esta noche en vuestras casas, no acertéis á responder á lo que vuestras esposas é hijas os pregunten sino estas palabras: ¡Animaos! ¡Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo impera!

HE DICHO.





JESUCRISTO

REY DE LAS CONQUISTAS

OTVODNOST

OTVODNOSTI



JESUCRISTO

REY DE LAS CONQUISTAS

SEÑORES:

EN materia de conquistas ¿qué testimonio más imparcial y decisivo que el de un conquistador? Pues oíd cómo se expresa acerca de las conquistas de Jesucristo el coloso del siglo XIX, desde su cautiverio de Santa Elena: «¡Jesucristo! he aquí un conquistador que une é incorpora á sí mismo, no una nación, sino la humanidad entera. Quiere el amor de los hombres, es decir, lo que hay en el mundo más difícil de conquistar; lo quiere absolutamente, y como lo quiere lo consigue... Alejandro, Aníbal y César, con todo su poder, fracasaron. Conquistaron el mundo, y no lograron conquistarse un amigo... Pero habla Jesucristo, y las generaciones le pertenecen

por vínculos más estrechos que los de la sangre... Yo mismo entusiasmaba en otro tiempo á millares de hombres que morían por mí... Pero al fin y al cabo era necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, mi palabra: yo encendía entonces en los corazones un fuego sagrado... Mas ahora que estoy cautivo en Santa Elena..., ahora que estoy solo, ¿quién se acuerda de mí? ¿quién se agita por mí en Europa?... ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno de Jesucristo, predicado, amado, adorado, siempre vivo en todo el universo!»

Así hablaba á la luz de la adversidad el primer Napoleón. ¿Y qué extraño que así hablase, si las conquistas de Jesucristo son un hecho sin igual en la historia, bastante él solo para comprobar la divinidad del que lo realizó?

Mirad, Señores, al Rey inmortal de los siglos, abrazado al estandarte de la cruz, y pronto á pasearle triunfante por toda la redondez de la tierra. Su punto de partida es... el Calvario. ¡Maravilloso conquistador, Señores, que da comienzo á sus conquistas, no con la muerte de sus enemigos, sino con su propia muerte!—¿Y qué guerreros ó qué políticos dejó para continuar su obra?—Dejó doce pescadores, que no sabían más geografía que la del lago de Tiberíades y el camino de Jerusalén.—¿Y qué armas les dió?—La paciencia por escudo, y por espada el precepto de devolver bien por mal.—Y tales hombres, y con tales armas, salieron de la Judea y se esparcieron por todo el mundo, y llevaron las conquistas de Jesucristo á la Partia, y á la Media, y á la Escitia, y á la

Etiopía, y á la India, y más allá de la India... Recientes descubrimientos dejan casi fuera de duda, que Santo Tomás evangelizó, no solo el Asia Meridional y Oriental, mas aun el Continente Americano. De manera, que aquellos pescadores que no conocían más horizontes que los de su país natal, llegaron en alas de su celo adonde no llegó la ambición de los más ambiciosos conquistadores.

Y no por eso abandonaron la conquista del imperio romano, entonces centro de la civilización. Muy al contrario. El estandarte del Rey de las conquistas vuela en manos de los Apóstoles de extremo á extremo del imperio; salva los ríos, las montañas, los mares; traspasa los confines vedados al empuje de las legiones, y ondea en las alturas inaccesibles al vuelo de las águilas romanas. ¿Qué más? La misma orgullosa Roma, con sus treinta leguas de circuito y sus cinco millones de pobladores, con sus 470 templos y sus 30.000 dioses inmortales, en vano opone á Jesucristo sus murallas, la muralla de sus ideas, la muralla de sus costumbres, la muralla de sus instituciones, la muralla de su nacionalidad, la muralla de su culto: San Pedro, en nombre del Rey de los siglos, oprime con su planta la cerviz de la señora del mundo, y fija la bandera de la cruz en la cumbre del Capitolio.

El paganismo, herido de muerte, reconcentra todas sus energías. ¿Y qué importa?... Acuden en su ayuda los emperadores con sus armas, los jueces con sus tribunales, los filósofos con sus sofismas, los literatos con sus sátiras. ¿Y qué importa?... Acude el pueblo todo con sus furores aprobados por la autoridad y

atizados por los sacerdotes de los ídolos. ¿Y qué importa?... El jefe de la Iglesia, San Pedro, y su ayudante mayor, San Pablo, sucumben con cruel y afrentoso martirio. ¿Y qué importa?... Se desenvaina la espada que en tres siglos no volverá á envainarse, se encienden las hogueras que en tres siglos no se han de apagar. ¿Y qué importa?... En el Coliseo y en el Circo empieza ya á gritar un pueblo ébrio de furor y sediento de sangre: *Christiani ad feras! Christiani ad leones!* Pues bien; irán los cristianos á las fieras, irán los cristianos á los leones. ¿Y qué importa?... Precisamente no hay semilla más fecunda para producir cristianos, que la sangre de los mártires!

Y los mártires fueron tantos, que los verdugos se cansaron de matar ántes que las víctimas de morir; y alarmado el procónsul gentil de Bitinia, C. Plinio, hubo de escribir en estos términos al emperador Trajano: «Suspendiendo los procedimientos (los de la persecución), acudo á consultarte. He creído necesaria esta consulta, sobre todo por el número de los que peligran, que son muchos, de toda edad, condición y sexo. Porque no solo las ciudades, sino aun las aldeas y campiñas se ven invadidas por el contagio de la cristiana superstición.» Ved, Señores, si tenía razón Tertuliano para lanzar ya á principios del siglo III este valiente reto á los gentiles: *Hesterni sumus et vestra omnia implevimus*. Somos de ayer, y os hemos suplantado en todas partes: en las ciudades, en los palacios, en las fortalezas, en los municipios, en las audiencias, en los mismos campamentos, en las tribus, en las decurias, en la corte, en el senado, en el foro:

solo os hemos dejado los templos: *sola vobis reliquimus templa!* Y estos, desiertos, podríamos nosotros añadir con el mismo Plinio ántes mencionado.

Por fin, Señores, el paganismo sucumbió: y con el paganismo sucumbió también el imperio. Ambos habían hecho causa común contra Cristo, y ambos debieron sufrir el peso de una misma sentencia. De entre las brumas del Norte brotaron en revuelta confusión los instrumentos de la divina justicia, é invadieron por todas partes los inmensos dominios de Roma. No registra la historia revolución alguna más asoladora y sangrienta. La señora del mundo, llena de consternación, vió deshacerse á jirones su manto de púrpura, y sintió el azote de Dios crujir terrible sobre sus desnudas espaldas. Breves años bastaron para convertir en un montón de ruinas la obra magnífica que Roma había tardado tantos siglos en levantar. Mas si la obra de Roma sucumbe, no temáis, Señores, que sucumba la obra de Jesucristo. El espíritu de Dios, si es lícito hablar así, es mucho más invasor que los mismos invasores; es invasor de los invasores; y cerniéndose ahora sobre el caos del mundo moral como en el principio de los tiempos sobre el caos del mundo físico, hará aparecer en el propio seno de las sociedades bárbaras la vida que parecía enterrada en los escombros del imperio.

Y aquí empieza, Señores, una nueva conquista de Jesucristo, no ménos admirable que la conquista de Roma. Su principio no podía ser más arriesgado: era preciso imponer á los vencedores la religión de

los vencidos. ¿Qué humano conquistador osó jamás fantasear empresa tan temeraria? El más audaz de todos ellos, Mahoma, aun en el colmo de su orgullo creyó hacer mucho con plantear el principio inverso, es á saber, el de imponer á los vencidos la religión de los vencedores: así sus apóstoles fueron las espadas, y donde estas se rompieron, allí se detuvo inmóvil el islamismo, con la inmovilidad de un cadáver, que hoy vemos deshacerse á pedazos, corroído por su misma interna putrefacción. Á solo Jesucristo estaba reservado hacer, que un pueblo cautivo, como el pueblo español, impusiera sus creencias al pueblo godo que le dominaba, y le hiciese reconocer en el tercer concilio de Toledo la soberanía social del Rey de las conquistas sobre la España católica; solo Jesucristo podía conquistar á los iberos del Cáucaso, enviándoles como único apóstol una humilde esclava; solo él podía arrastrar en pos de sí á la nación en masa de los abisinios, sin emplear para ello más fuerza que la de un niño cristiano llamado Fumencio, á quien los mismos abisinios habían secuestrado.

Quisiera tener tiempo, Señores, para describir una por una las conversiones de todos los pueblos bárbaros de Europa, y el modo tranquilo y maravilloso con que en todos ellos se realizaron. Entonces veríais á Santa Clotilde, obteniendo con lágrimas y oraciones la conversión de su esposo Clodoveo, y con ella la de toda la nación de los francos; ó bien á San Patricio, erigiéndose en apóstol de Irlanda, isla donde había estado prisionero en su niñez; ó á San Willibrordo, llevando la civilización cristiana á los frisones

y holandeses; ó á San Anscario, atrayendo al redil de Jesucristo la Dinamarca y la Suecia. Entonces admiraríais al monje San Agustín y á sus compañeros en la conquista espiritual de Inglaterra, viéndolos sacar de la barbarie á aquellas gentes, cuya ignorancia era tanta que desconocían el uso de las letras, y tanta su crueldad, que vendían á sus propios hijos como esclavos. Entonces consagraríais un himno de alabanza al infatigable apóstol San Bonifacio, que, no contento con recorrer toda Alemania llevándole la luz de Jesucristo, estableció en el centro mismo de aquellos países bárbaros la célebre abadía de Tulda, semillero de santos y grandes hombres, á quienes se deben los principios de la civilización alemana. Pero ¿á qué fatigaros con la enumeración de más conquistas? Baste decir, que igual celo al de los anteriores apóstoles y con igual éxito coronado, desplegaron un San Cirilo en Bulgaria, una Santa Adelaida en Polonia, un San León, Obispo de Bayona, en el país de los vascos, un San Esteban en Hungría, un San Otón en Pomerania; y en Rusia y en Livonia y en mil otras regiones, mil otros intrépidos soldados de Jesucristo, cuyos trabajos apostólicos sacaron á Europa de la barbarie y la pusieron en vías de la civilización que hoy la distingue entre las demás regiones de la tierra.

¿Y hay todavía insensatos que se atreven á hablar contra el cristianismo en nombre de la civilización y del progreso? ¿Quién sino el cristianismo formó las sociedades europeas y les dió leyes, y suavizó la rudeza de sus costumbres, y preparó paso á paso durante toda la Edad Media el camino de la moderna civiliza-

ción? Los que después de todo esto tachan al cristianismo de oscurantista, debieran irse á vivir al África, tan floreciente cuando el cristianismo le prestó su vida, y tan abyecta desde que el cristianismo la dejó de su mano.

Al terminar la Edad Media, completada ya la conquista espiritual de Europa, Jesucristo hizo un nuevo llamamiento á sus soldados, y se dispuso á conquistar lo restante del mundo. Vasco de Gama había doblado el Cabo de las Tormentas descubriendo las Indias Orientales; Colón había rasgado los senos del Océano Tenebroso, haciendo brotar de ellos un Nuevo Mundo hasta entonces desconocido. Uno y otro eran fieles mensajeros del Rey de las conquistas, y la bandera de este divino Rey fué la primera que tomó posesión de las Indias del Asia y de las Indias de América. ¡Hermosos horizontes, Señores, se abren ante nuestros ojos! Jesucristo va á compensar con nuevas y casi increíbles adquisiciones las bajas que el protestantismo le ocasiona en Europa.

Allá va Javier, nombrado general en jefe de los ejércitos del Asia. ¿Qué es verle arrostrar impávido cuantos obstáculos le oponen aunadas la naturaleza material y la humana malicia, y pobre, y descalzo, y sin otras armas que el crucifijo, recorrer en diez años más de 33.000 leguas, bautizar por sus propias manos 1.200.000 infieles, y conquistar él solo para Cristo más almas que cuantas le arrebataron todos los falsos reformadores juntos? ¿Qué es ver en pos de él, prontos á continuar su obra, una legión de héroes que

abrigan los mismos alientos y logran los mismos triunfos, completando la conquista de las tres grandes regiones asiáticas, la China, la India y el Japón? Los PP. Ricci y Schal penetran en el Celeste Imperio, y el cristianismo crece allí con tal pujanza, que el año de 1605 contaba ya con 300 iglesias, y el de 1688 podía presentar 300.000 cristianos á la cuchilla del perseguidor; y mantiénese tan firme, que ni la muerte del P. Schal, que sucumbe á los malos tratamientos, ni el martirio del Obispo Sanz y de cuatro Religiosos Dominicos, ni el de los jesuitas Alcober, Enríquez y Alternis, que caen bañados en su sangre, ni las dos terribles persecuciones, de diez años la primera y de diecinueve la segunda, con que fué probada aquella cristiandad, nada fué parte para ahogar en la China la semilla del Evangelio.

¿Y qué decir de la India, regada con la sangre de los PP. Ribera, Méndez, Britto, Aquaviva y muchos otros; en la cual solo el P. Francisco Lafnez convirtió 50.000 idólatras, y 100.000 el P. Nóbili? ¿Qué de la misión Filipina, que ya á fines del siglo XVI contaba 100 misioneros jesuitas con 400.000 neófitos? ¿Qué de las islas Marianas, evangelizadas por el burgalés P. Sanvitores, cuyo celo incansable conquistó para Cristo más de 50.000 isleños? ¿Qué, finalmente, del Japón, donde se vieron renovados los prodigios y las persecuciones de la Iglesia primitiva, persecuciones y prodigios cuya sola descripción podría llenar no ya un discurso, sino una academia entera?

Á semejantes conquistas nada hay comparable, Señores, si no son las que el mismo Jesucristo alcanza

en el suelo americano. Jesucristo es el mismo en Occidente que en Oriente, en Asia que en América; y si en Asia presenta á un Javier, á un Ricci y á un Sanvitores; en América puede presentar á un San Luis Beltrán, que en solos siete años bautiza á 100.000 indios; á un San Francisco Solano, que en un solo día convierte á 9.000; á un San Pedro Claver, que gana para la Iglesia 400.000 negros; al mártir P. Mendoza, que bautiza 95.000; al P. Baraza, mártir también, que ve coronados sus esfuerzos con la conversión de 110.000 caníbales; al P. Vieira, que reúne en poblados á 100.000 indios del Marañón; á Fr. Toribio de Motolinia, que abre las puertas del cielo á 400.000 mejicanos...

¡Ah! y si esto hacían los individuos ¿qué haría aquella legión de héroes innominados, que continuamente salían de España para América? Hizo lo que no se ha hecho, lo que no se hará, lo que solo pudo hacer nuestra patria, la católica España... no por ser nuestra patria ni por ser España, sino por ser católica!

Y lo hizo, por cierto, con solidez. Bastaría para demostrarlo un ejemplo: el ejemplo único en la historia, de una sociedad en masa elevada de un golpe á la civilización más envidiable; el ejemplo de aquellas ideales y felicísimas reducciones del Paraguay, á las que un orador de la talla del Sr. Castelar no dudó en aplicar el epíteto de *barbaras*. ¡Claro está! Aquellas 30 reducciones con sus 300.000 habitantes se pasaban tal vez todo el año, según confesión de su propio Obispo, sin cometer un solo pecado mortal. ¿Qué había de haber en ellas sino barbarie? ¡Ah, Se-

ñores! Para llegar á esta barbarie ¡cuánto tiene que progresar todavía la moderna civilización!...

Tales fueron las conquistas de Jesucristo en el siglo XVI. Los tres siglos siguientes son tal vez los más fecundos en apostólicas empresas desde el establecimiento del cristianismo. ¡Quién tuviera tiempo siquiera para enumerarlas!

Y en nuestros días, ¿han termidado ya las conquistas de Jesucristo? ¡Cómo han de terminar, si no ha terminado el mundo!

¿No estáis viendo, Señores, ese ejército de jóvenes Sacerdotes ó Religiosos que, en tandas cada vez más crecidas, se hacen de continuo á la vela en todos los puertos de Europa? Son misioneros católicos, que renunciando á su patria, sacrificando su fortuna, abandonando á sus amigos, arrancándose de los brazos de un padre cariñoso y de una madre inconsolable, van á indemnizar á Jesucristo en lejanas tierras, de las pérdidas que en Europa le causa la impiedad. Así se conservan intactos y se aumentan cada día los dominios del Rey de las conquistas. La ley de su propagación es la ley de los océanos: cuando pierden tierra en un sitio, van á inundar otros países.

Y así también hace Jesucristo brillar en todas partes el catolicismo de su Iglesia. ¡Cosa extraña, Señores! Naciones enteramente opuestas en temperamento y en costumbres, encontradas en intereses materiales, enemigas irreconciliables en política, se unen sin vacilar en la profesión de una misma fe, y contrarias

en todo lo demás, viven en armonía perfecta dentro de la unidad del catolicismo. ¿Quién puede hacer este milagro sino Jesucristo y la religión divina á quien Jesucristo presta su eficacia? Si no, decidme: ¿qué son las falsas religiones de Mahoma y de Buda? ¿Qué son las mismas sectas cismáticas y protestantes? Modelos acabados de esterilidad; plantas de un clima, que no pueden vivir sino en su patria; y por decirlo con la valiente frase de Lactancio, «carcomas, condenadas á morir en la misma madera que las crió y de cuyas entrañas se alimentan.»

¿Qué es de los cincuenta millones de francos que anualmente gastan para su propagación solas las sociedades anglicanas? ¿Qué del sueldo de sus misioneros, veinte veces mayor que el del mejor dotado misionero católico? ¿Qué de los cien millones de biblias y muchos más de otras publicaciones que cada año inundan todos los países? ¿Qué de los 29.000 tratados, repartidos en ménos de dos años en una sola isla de Oceanía? ¿Qué del millón de biblias, y treinta de otros tratados impresos exclusivamente para Ceilán? ¿Qué de los trescientos millones de biblias que pidió un solo misionero para la India? Yo os lo diré... ó mejor, os lo dirá Chile, quemando todas esas publicaciones en la plaza pública; os lo dirá el Austria, amontonándolas por vagones en las aduanas; os lo dirán los indígenas de Ceilán, empleándolas para cartuchos; os lo dirán... hasta los zapateros chinos, comprándolas al peso como vil mercancía, para entresuelas de los zapatos!

Bien es verdad, que el número de convertidos puede servir de compensación á tantos sinsabores!

En el imperio chino, después de cincuenta años de misión, y cuando ya los misioneros católicos habían hecho más de un millón de conversiones, los pastores protestantes, que eran doscientos, lograron convertir á cinco individuos, incluso en este número sus criados; en Armenia, con treinta años de trabajo y un gasto de millón y medio de dólares, convirtieron, ó casi convirtieron, á dos; y en Jerusalén, tras medio siglo de propaganda, á otros dos, ni más, ni menos... Aunque, en honor de la verdad, no en todas sus misiones ha sido tan infecundo el protestantismo: en cierto distrito de Bengala, por ejemplo, los bautizados durante un año llegaron al extraordinario número de sesenta y seis. ¡Gran triunfo, ciertamente!... si no fuera porque el mismo año y en el mismo distrito tuvieron que lamentar los pobres misioneros sesenta y cinco deserciones!... Lo único que saben hacer las sectas es esterilizar el terreno en que pisan. Diríase que son el caballo de Atila: donde ellas ponen los pies, no pueden brotar cristianos.

En cambio ved á la Iglesia católica. No posee cincuenta millones anuales de francos para su propagación. Ni le hacen falta: porque ella no tiene que comprarse sus hijos como el protestantismo. La Iglesia riega su campo de operaciones no con oro, sino con la sangre de sus mártires; y con la frente muy alta puede decir á la faz del mundo: Mis hijos son hijos propios, hijos de mi fecundidad prodigiosa: los del protestantismo son hijos... de los dólares ó de las libras esterlinas.

Por eso, mientras el protestantismo se cubre de

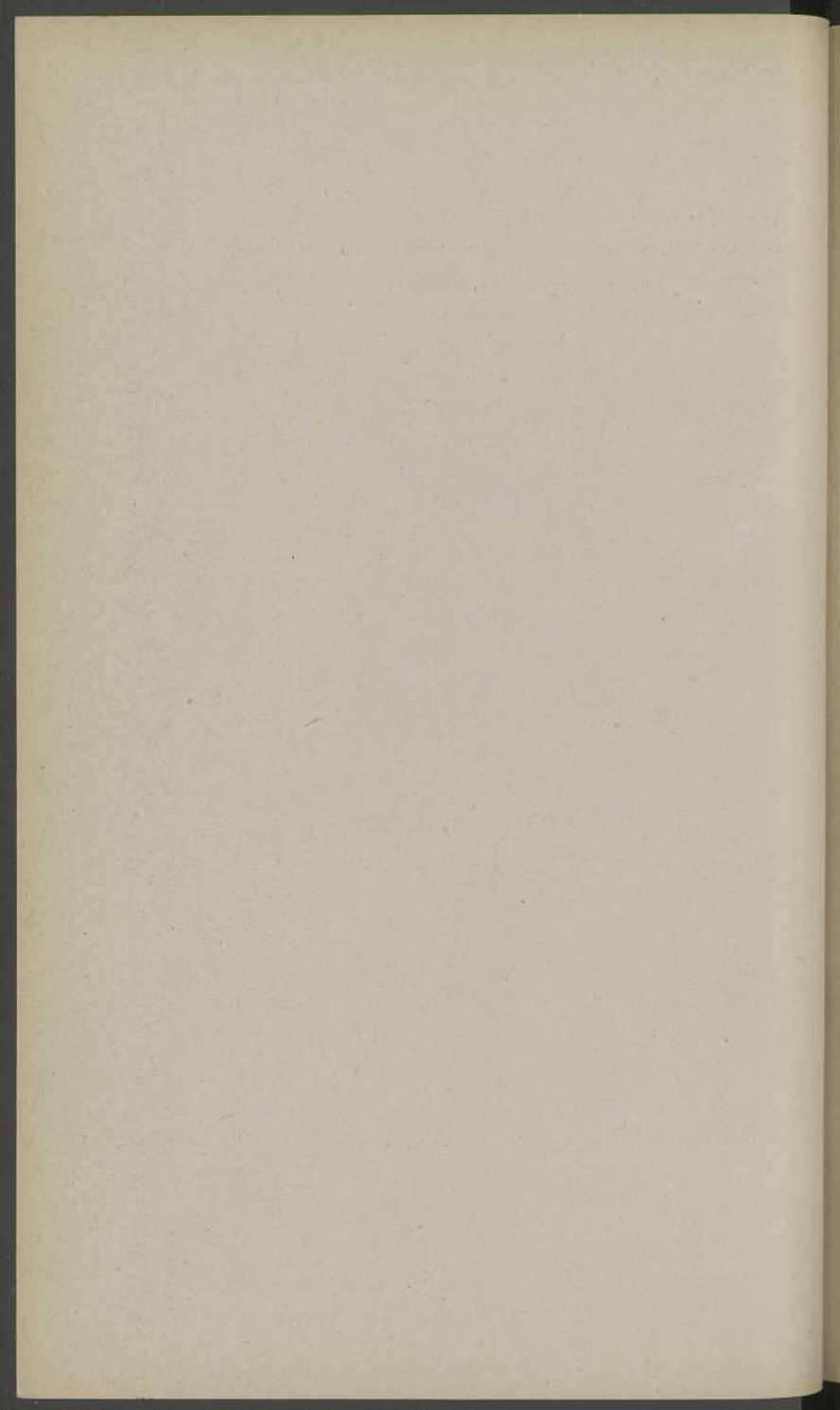
ignominia en sus misiones, la Iglesia católica se propaga prodigiosamente, y no solo entre los gentiles, sino entre los mismos protestantes. La protestante Alemania tiene hoy día casi tantos católicos como habitantes nuestra patria; y si apelamos á la estadística, veremos que en solo el siglo XIX ha subido el número de católicos en Inglaterra, de 120.000 á 2.000.000; en Suiza, de 542.000 á 1.700.000; en el Canadá, de 137.000 á 2.000.000; y en los Estados Unidos, de 36.000, nada ménos que á 10.000.000. Y autor protestante es quien se atreve en honor á la verdad á expresarse en estos términos:

«Óyese decir á cada momento que la humanidad va progresando sin cesar en ilustración, y que debe ser necesariamente funesta al catolicismo y favorable al protestantismo la difusión de las luces. Se nos antoja que carece de fundamento esta esperanza. Porque si vemos que de doscientos cincuenta años á esta parte ha dado muestras el humano espíritu de una actividad extraordinaria, impulsando todas las ciencias naturales, produciendo innumerables inventos que tienden á mejorar las condiciones naturales de la vida, haciendo adelantar considerablemente la medicina, la cirugía, la química y la mecánica, y también, aunque en menor escala, el arte de gobernar, la política y la legislación; también vemos que durante ese largo espacio de tiempo no ha realizado el protestantismo una conquista siquiera que merezca mencionarse. Más aún: abrigamos el convencimiento de que, si algún cambio ha ocurrido, solo ha sido favorable á la Iglesia Católica Romana. Siendo esto así, ¿cómo

podríamos esperar que la extensión de los conocimientos humanos haya de influir necesariamente en daño de una doctrina que, cuando ménos, ha continuado llena de vida, á pesar de las prodigiosas conquistas y de los trascendentales progresos realizados por las ciencias en los últimos doscientos cincuenta años?» (MACAULAY: *El Pontificado.*)

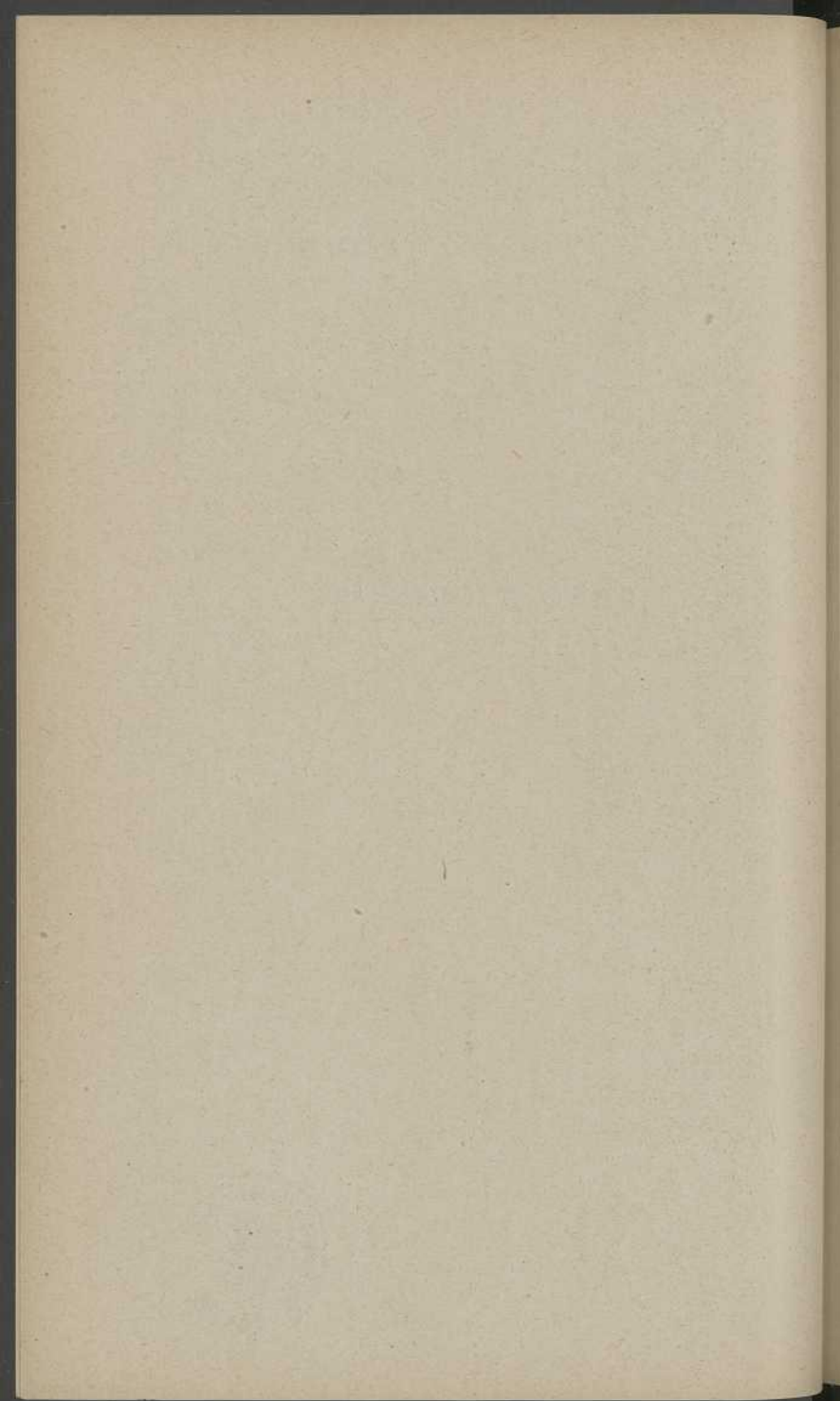
Ni una palabra más, Señores: es imposible confesar más claro, que hoy, como siempre, *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.* ¡Gloria, pues, y alabanza sempiterna á Jesucristo Rey!





¡PASO A CRISTO!







¡PASO Á CRISTO!

Abrid á Cristo paso, montañas de Judea,
Temblad bajo la planta del Rey Conquistador...
—*¡Bendito el Rey eterno de las naciones sea!*
¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!—

Sus fieros enemigos vencido le creyeron,
Cuando afrentosa muerte le dieron en la Cruz:
¡Falaz victoria! Pronto con estupor le vieron
Alzarse del sepulcro vertiendo gloria y luz.

Miradle cuál camina sobre encendidas nubes
En la triunfal carroza en que le vió Ezequiel:
Delante, le abren paso legiones de Querubes,
Y ejércitos de Apóstoles avanzan en pos de Él.

Mortales, ¡paso á Cristo! que á todo el mundo vea
Rendido ante sus plantas el Rey Conquistador...
—*¡Bendito el Rey eterno de las naciones sea!*
¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!—

Se alzó como gigante que emprende su camino;
Partió del alto cielo, y al cielo ha de tornar:
Miró al pasar la tierra, y á su mirar divino
La tierra toda en llamas de amor se vió inflamar.

Señor, ¿quién no te adora? ¿quién tu poder no admira,
Viendo ante ti de Roma caer los dioses mil?
Sobre ellos de tu carro la rueda ardiente gira,
Dejando atrás tan solo ceniza y polvo vil.

¿Qué importa que se apiñen las águilas romanas,
Y en densa nube el paso te cierren con furor?
Desplegarás tus labios, y como sombras vanas
Las deshará en el aire tu soplo destructor.

¿Qué importa que los reyes te ataquen inclementes,
Y cierren obcecados los ojos á la luz?
Tu diestra poderosa abatirá sus frentes,
Y en sus coronas de oro enclavará la Cruz.

Legiones, ¡paso á Cristo! que ya triunfante ondea
En Roma el estandarte del Rey Conquistador...
—¡Bendito el Rey eterno de las naciones sea!
¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!—

¿No veis cuál se propaga centella abrasadora
Por las reseca mieses donde llegó á prender?
Así por todo el mundo cundió la bienhechora
Llama de amor que Cristo en él vino á encender.

Los hijos de la niebla, del Septentrión bajaron
Brindando á sus legiones la Europa por botín;
Mas al llegar á Cristo sus frentes inclinaron,
Y abriéronle ancho paso por todo su confin.

¡Mil veces venturosos! á Cristo se acogieron,
Y Cristo sin demora la mano les tendió;
Y de esta mano asidos, de bárbaros se hicieron
La sociedad más culta que el bajo suelo vió.

Mi patria más que nadie, España es quien se goza
De haber por Dios reñido batalla secular:
Por eso Jesucristo no quiso otra carroza,
Que España, cuando quiso las Indias conquistar.

¡Mirad!... ¡Sublime escena! sobre las negras olas
De un mar que por el hombre jamás surcado fué,
Abriendo paso á Cristo, tres naves españolas
Al Nuevo Mundo llevan la enseña de la fe.

Y allá en remotas playas, legiones valerosas
De misioneros santos, armados con la Cruz,
Intérganse en las selvas, y nieblas pavorosas
De lobreguez eterna disipan con su luz.

Salvajes, ¡paso á Cristo! que en triunfo ya pasea
Los bosques en su carro el Rey Conquistador...
—¡Bendito el Rey eterno de las naciones sea! *
¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!—

Á ti, mi Dios, un himno consagre de alabanza
Del universo entero la inmensa redondez;
Que á todo el orbe el cetro de tu poder alcanza,
Y Tú del orbe todo eres Rey, Padre y Juez.

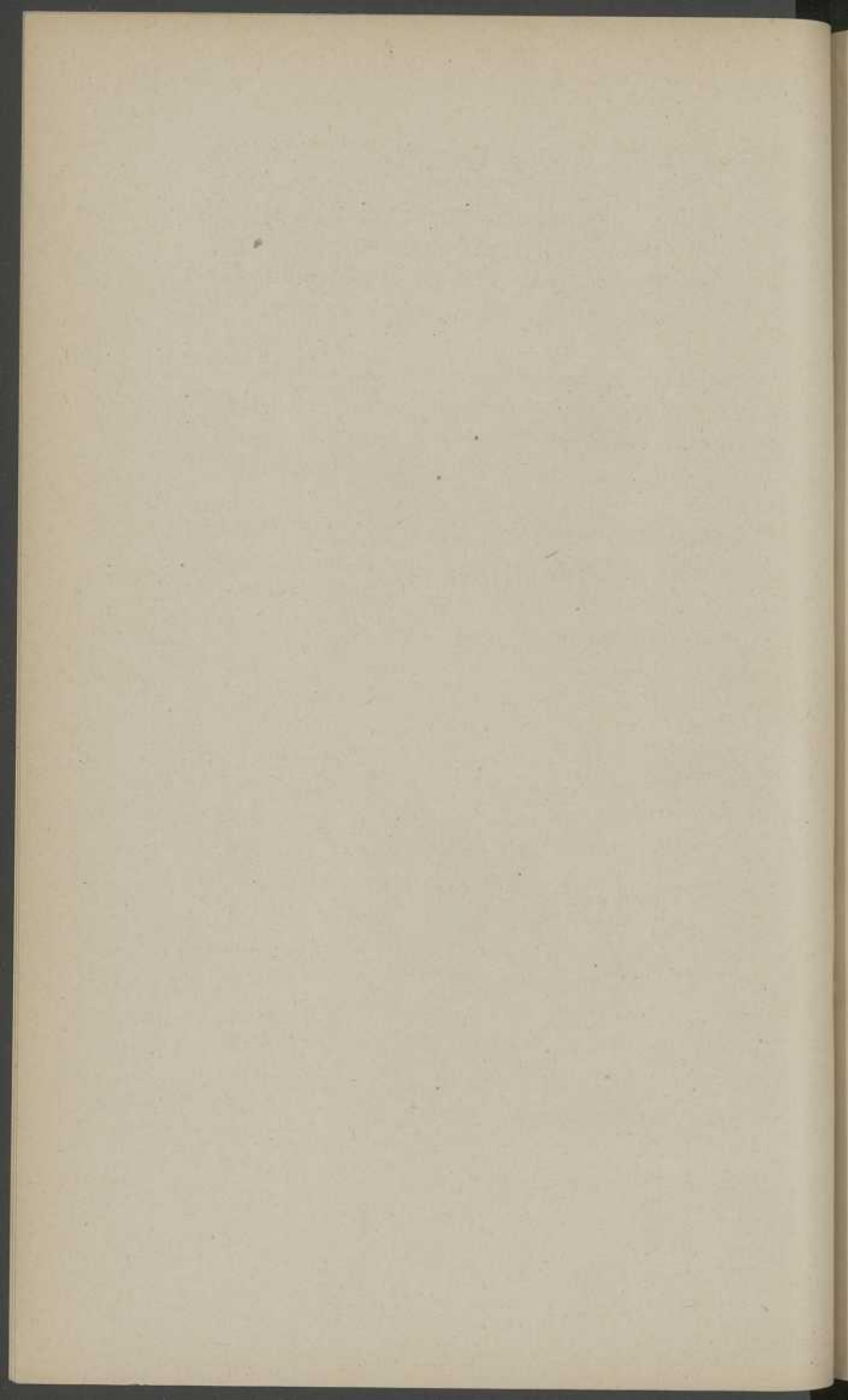
Mas ¿cómo tus antiguas conquistas abandonas?
¿Cómo á la Europa dejas atribulada así?
¡Pecó!... Mas pues de gracia y de piedad blasonas,
Conquistala de nuevo, Dios mío, para ti.

Conquistala de nuevo; que ardiente ya desea
Clamar, volviendo á verte cual Rey Conquistador:
—*¡Bendito el Rey eterno de las naciones sea!*
¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!—



JESUCRISTO

REY DE LOS SABIOS





JESUCRISTO

REY DE LOS SABIOS

SEÑORES:



ONTRA el parecer de los optimistas, que llaman á este siglo el siglo de las luces mundanales; y las afirmaciones de los pesimistas, que creen que nunca como en este siglo se ha ofuscado la verdadera Luz, que es Cristo; me atrevo á decir que estamos en el siglo de la derrota de las luces del mundo por la luz de Cristo. Porque si en este siglo, en que la sociedad anticristiana ha sacado todas las luces de su filosofía, ni se ha oscurecido ni desvanecido la luz de Cristo; fuerza es confesar, que la luz de Cristo tiene un brillo incomparable, superior infinitamente al de todas las lucecillas de la razón humana; y que Cristo por lo tanto, hoy más que nunca, es el Rey de la luz y el Rey de la sabiduría.

Señores, ¿qué éramos, qué seríamos sin este divino Sabio?

Venid por un momento á los tiempos del lado allá de Jesucristo. Subido Isaías al monte de Sión, atalayó el mundo con aquella vista profética, la más penetrante, que ha tal vez existido en hombre alguno, y exclamó con voz desmayada: *In regione umbrae mortis!* «¡una región inmensa, todo el mundo en sombra de muerte!» Porque ¿qué significaban una que otra lucecilla que brillaba en toda aquella inmensidad del gentilismo? Una lucecilla allá en la China, que encendió Confucio con unos cuantos preceptos, destellos de moral pura, anublados con humo de materialismo, de supersticiones, hechicerías y escepticismo en puntos capitalísimos? Otra lucecilla allá en la India, que encendió Buda, con sus 80.000 capítulos de los libros sagrados, donde, á vuelta de muchos preceptos sanos, enseña las obscenidades del Sivaísmo, insinúa un ateísmo latente, y señala por término del progreso el nirvana, el más frío de los nihilismos? Otra lucecilla un poco más pura allá en la Persia, que prendió Zoroastro, personificación del más poderoso esfuerzo del hombre hacia el bien, pero que, tenue ya desde el principio, queda presto sofocada por el magismo y caldeísmo? Grecia, la nación más sabia de la tierra, vió, sí, en su noche cruzar por su cielo muchas estrellas, pero estrellas nada más, y estrellas errantes cada cual por su camino, ofuscándose y chocándose unas con otras. La filosofía de Sócrates, que, después de todo, sabe Dios cuál era, la impugnan los sofistas. Contra la filosofía de las formas, que enseña la Aca-

demia, se levanta el Peripato con otra filosofía más concreta. El estoicismo, el cinismo, el epicureísmo, el panteísmo, el atomismo, Platón, Aristóteles, Zenón, Diógenes, corrigiéndose, mudándose, confutándose, confundiéndose, no son, no, la luz, ni el sol, ni las plácidas estrellas, sino una niebla de vapores y confusiones, de sistemas y opiniones, de la cual Pirrón formó la humareda de su escepticismo, que es la filosofía de las tinieblas, única posible en aquella confusión. Roma con sus Lucrecios, Marco-Aurelios, Cicerones, Sénecas, nunca fué más que el reflejo lejano y muerto de Atenas. Y en cuanto al pueblo, apenas si participaba del esplendor de sus sabios. Estas luces no tenían fuerza para iluminar los valles. Había razón para que Isaías exclamase: *In regione umbrae mortis!*

Afortunadamente, cuando así decía, mirando de las alturas de Sión las regiones que tenía delante, vió subir por la ladera opuesta, al Mesías circundado de luz, quien, apenas apareció en la cumbre de Jerusalén, dió sobre aquella región de muerte una gran voz y dijo: *Ego sum lux mundi*. Y en alas de su voz, la luz, la sabiduría penetra las sociedades llevando la claridad por todas partes; ilumínase el encumbrado cedro y la humilde florecilla, las nubes, los montes y los valles; y el filósofo y el labrador, el rudo y el ingenioso, el hombre y la mujer, y todo aquel pueblo que yacía en la oscuridad, se convierte pronto en una sociedad de sabios.

Señores, el cristianismo es el pueblo más sabio de

la tierra, el verdadero pueblo sabio. La ciencia no es ya privilegio exclusivo de pocos. No es ya Sócrates, quien en la tienda de Aspasia persuade á media docena de discípulos su filosofía; ni es Platón en su reducida academia, ni Aristóteles en su peripato. Es Jesucristo, quien enviando más apóstoles y discípulos, que el sol rayos de luz; en plazas, templos y universidades, en Roma, en Jerusalén y Alejandría, en el Areópago y en la calle, imprime en todos los entendimientos verdades, que superan á toda la antigua filosofía: y no ya á cien ó doscientos discípulos, mas á millones de súbditos, varones, mujeres y niños, hace saber acerca de Dios más que Sócrates, del fin del hombre más que Aristóteles, del origen de su alma más que Platón, de su historia más que Heródoto, de su dignidad, de su moralidad, de su religión, de sus derechos naturales, sociales y políticos y de todos los problemas humanos, más, incomparablemente más que toda la antigüedad.

Pues ¿cuál es la ciencia de este pueblo? La Teología. Su ciencia nació de los labios del divino Maestro, paseáronla triunfante por los doce primeros siglos los Santos Padres en espléndida carroza, que estriba en las dos inerrables ruedas de la Escritura por un lado y la tradición por otro; y ha sido presentada en todo su esplendor al mundo por el príncipe de la Teología, Santo Tomás, y luégo por los más nobles ingenios que ha lanzado Dios á la tierra; Escoto, Cayetano, Suárez, Gonet, Toledo, los Salmanticenses y otros mil.

Aunque humanamente se la considere, ¿qué ciencia ni qué sistema se le puede comparar? Y si la consideramos adecuadamente á lo humano y á lo divino, asombra por su elevación, pues trata de los más sublimes misterios, de la omnipotencia y omnisciencia divinas, del cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad, del hombre, de Dios y del Hombre-Dios. Pasma por su extensión, pues trata de Dios y de todos sus atributos, del Hombre-Dios y de todos sus misterios, del linaje humano y todas sus relaciones, su origen y su fin, sus caminos, su destino, lo que ha sido, lo que es y lo que será. Inspira absoluta confianza, pues con pasmosa seguridad distingue lo que sabe y lo que no sabe, hasta el punto de que sin vacilar podamos decir que lo que ella sabe, es cierto; lo que ella ignora, lo ignoran todos; lo que ella duda, no hay nadie que lo sepa resolver. Y, en fin, satisface por la precisión de términos, con que distingue y subdistingue, divide y subdivide, con una finura de conceptos admirable, y en todo opuesta á esa vaguedad nebulosa con que la novísima filosofía involucra sus sueños y esfuma sus delirios: y si por alguna parte peca, es por la minuciosidad excesiva con que algunos teólogos han procedido. Y si el valor de una ciencia se ha de calcular por sus efectos, ¿quién ha merecido mejor de la sociedad que la Teología, que con el dogma por un lado y la moral por otro, ha echado las dos áncoras que han fijado el espíritu humano, llevado y traído ántes doquiera á merced del escepticismo, que revolvía su entendimiento, y de la corrupción moral, que abatía su voluntad?

¿Qué importa que espíritus superficiales desprecien la ciencia cristiana? Hoy es de moda entre los gozquecillos de la erudición ladrar á la Iglesia y su ciencia, desde los preceptos de la latinidad hasta los dogmas de la Teología, como si por ladrar más fuesen más sabios. Pero no basta ladrar. Vamos á ver, Señores, qué razón tienen esos para despreciar á los sabios de Cristo.

Que son anticuados ya é inútiles!—En efecto, cuando Édisson nos alumbró con sus lámparas y Gram nos da fuerza con sus anillos, Fúlton nos lleva en sus vapores y Stéphenon en sus locomotoras; cuando Liebig nos propina sus comidas, y el siglo, como pondera un sabio declamando contra la Iglesia, nos da los cañones rayados, los barcos acorazados y las máquinas de Sínger, ¿qué significa un poco más ó ménos de Teología? ¿Qué vale un Suárez al lado, por ejemplo, de Sínger? ¿Qué significa Escoto junto al inventor de una máquina segadora?

¡Ah, Señores! Mientras haya no solo músculos que nutrir, sino corazón y alma que dirigir, no solo tierras que labrar, sino sociedades que civilizar; los verdaderos sabios serán, no los mecánicos ó químicos, sino los que sepan arreglar la filosofía, el derecho y la política, componer las controversias sociales, resolver los problemas morales, definir la libertad, la autoridad, lo verdadero, lo bueno; es decir, los sabios de Cristo. Y quien esto niegue, da á entender que para él no hay más verdadera ciencia que la del tanto por ciento.

Que nuestros sabios son enemigos de la luz y oscurantistas!—¿Dónde han leído, ó estudiado ó vivido los

que esto dicen? ¿Cómo han de ser enemigos de la luz los sabios de Cristo, si su ciencia es la misma luz? Porque si la verdad es luz, ellos tienen la verdad revelada; si la certidumbre es luz, de ellos es la certidumbre más que metafísica; si quien desea ser examinado ama la luz, su ciencia es la primera en dejarse ver y examinar, y desde que vino al mundo, ha hecho analizar rigurosísimamente todas sus afirmaciones, palabra por palabra, argumento por argumento. Puede ser que, si así se hubiesen discutido los postulados de las ciencias humanas, no quedasen en pié la máxima parte de sus teorías y asertos.

Si el que da la luz ama la luz, á ver, Señores, ¿cuál de esos sabios ha dado al mundo tanta luz como los sabios de Cristo? Ellos han dado luz á la Historia, y precisamente hoy se están levantando los ladrillos de Nínive y Babilonia, como una legión de muertos que resucita, á probar á este siglo racionalista que es verdad lo que la Escritura y la revelación decían, y falso mucho de lo que Heródoto y otros historiadores profanos nos enseñaron. Ellos han dado luz á la Filosofía, que gracias á la Teología ha descubierto algo nuevo, desechado mucho de lo falso, y asegurado muchísimo de lo que vacilaba. Ellos han dado luz á todos los ramos del saber, y fuerza y seguridad á la Teodicea, á la Antropología y á la Cosmología.

¡Enemigos de la luz? Sí, es cierto: no han ido por el mundo poniendo quinqués de la estrella ó lamparillas de Edisson; pero han sembrado las sociedades de escuelas, colegios y universidades, que son los arcos voltaicos de la civilización. Óxford y Cam-

bridge, Padua y Salamanca, Alberdeén y Viena, Montpellier y Coímbra, Bolonia y Perusa, París, Heidelberg, Ferrara, Praga, Colonia, Turín, Léipzig, Ingolstadt, Lovaina, Gláscow, Pisa, Copenhague y Alcalá. ¡Si será ser enemigos de la luz fundar, sostener y fomentar estos focos del saber humano?

Y ¿por qué habían de ser los sabios de Cristo enemigos de la luz? ¿Hay en su ciencia mancha? hay arruga? hay nada que sea falso? que no sea hermoso, verdadero, digno, sublime? ¿No han sido los sabios de Cristo los generadores de todas las grandes ideas que han llenado de luz y esplendor la mente y corazón de los hombres grandes, y aun á niños como Justo y Pastor y niñas como Inés y Cecilia, y... digámoslo así, aun al vulgo y plebe del cristianismo han inspirado el heroísmo del martirio, bien diferente del que las doctrinas antiguas inspiraban aun á hombres tan grandes como Sócrates, que, á su muerte, mandaba sacrificar un gallo á Esculapio? ¡Sócrates, el que dicen que no creía en los dioses del gentilismo!

Y ¿quiénes son los que dicen que los sabios de Cristo son enemigos de la luz? ¡Claro! los que, por obrar mal, no pueden resistir la purísima luz que disipa las tinieblas. Murciélagos de la humanidad, que no pudiendo ver y volar, si no es en la oscuridad de la noche, para que á ellos no se les eche en cara que no ven, se adelantan á decir que el sol no alumbra.

—Al ménos, dicen, contra la Iglesia de Cristo están los hombres más sabios.—¿Sí? Pues qué! no fueron sabios Orígenes, San Atanasio, San Jerónimo, San

Agustín, San Ambrosio, San Isidoro y otros muchísimos como estos? ¿Hay entre los sabios anticristianos quien se atreva á compararse con Santo Tomás y Escoto, con Cayetano y Suárez, con Soto y Melchor Cano, con Gotti, con los Salmanticenses, con Toledo? En filosofía, en moral, en derecho, en historia, ¿quién supera á los católicos? En Escritura, en que parece que los protestantes, pues solo á ella atienden, debieran superarnos, ¿quién hay que pueda compararse con Alápide, con Maldonado, con Ribera y Belarmino, con Agellio y Estio y otros mil en el tiempo pasado; y en nuestros días con los Wigouroux y Cornely, con Hummeláuer, Knabenbáuer y Patrizzi, á pesar de todos los esfuerzos de Sémmler y Baur, del impío Strauss y de toda la escuela Tubingiana?

Y puesto que tanto estiman las ciencias naturales y profanas, aunque este no es nuestro terreno, ¿no son nuestros y fervorosos católicos Faye el astrónomo, Wurtz el químico, Barrande el fisiólogo, Lapparent el rey de la geología, Ramón y Cajal el rey de la neurología, Pasteur el rey de la microbiología, Brandly el inventor de la telegrafía sin hilos, y Cuvier, y Cauchy, y Ampère, y Volta, y Becquerel, y Regnault, y Bernard y Röntgen, á quien ni el ser oscurantista, ni el ser tan devoto de la Virgen, que en su honor ayuna los sábados, ha impedido ver los rayos *Equis*, que no veían otros muchos que nos llaman míopes y ciegos, porque ellos no ven lo que nosotros vemos?

Y ¡qué! ciñámonos á solo los sacerdotes. ¡Oh! no os agolpéis tantos nombres en mi mente. Busco los

sabios de la edad media, y en ella encuentro todo el saber humano en manos de la clerecía, todos los sabios en el claustro y en las iglesias. Busco los sabios de la edad moderna, y encuentro en astronomía á Nicolás de Cusa y á Copérnico arreglando el sistema planetario, á Grassi sorprendiendo los eclipses de los cometas, á Schéiner descubriendo manchas en el sol, á Regiomontano midiendo los pasos á las estaciones, á Picard ajustando exactamente el meridiano, á Secchi examinando al sol. En física encuentro á Grimaldi, cuya es la teoría de las ondulaciones, á Mariotte, á Nollet, á Melloni, á Castelli, á Moigné... En botánica, Fusieu es uno de los miembros de la dinastía botánica. En química, Haüy es autor del sistema cristalográfico. Stenos reina en la anatomía, Spallanzani en la fisiología, Cavalieri en las matemáticas, Bossuet en la filosofía de la historia, Bolando y Mabilón en la crítica, Hervás en la filología comparada, Baronio y Mariana en historia, Balmes en la apología histórica, Kneipp en la hidroterapia, Viñes y Faura en la meteorología. No cito la pedagogía, la poliglotía, la geografía, porque se puede decir que son de los sacerdotes.

Y pues preciamos tanto á los inventores, sacerdotes son los inventores de la linterna mágica, del globo, que ántes que los Montgolfier lo inventó el P. Lana, del termomultiplicador, del anemometógrafo, del meteorógrafo, del pantelégrafo, del multiplicador eléctrico, del sistema de enseñar á ciegos y mudos, de muchas líneas y problemas matemáticos, del volapuck, de la telegrafía sin hilos, del primer fonógrafo,

que después perfeccionó Édisson, de las señales de alarma, de los frenos instantáneos... ¡hasta la bicicleta la inventó un sacerdote! el P. Piattóu, capellán del castillo de San Mauricio d'Exil en Francia, que ya en 1847 cruzaba y recorría en ella grandes trayectos, no por vanidad, ó utilidad pecuniaria, sino para poder más presto asistir con los últimos Sacramentos á sus amados feligreses.

Sabios por sabios no sé yo que sepan más que los que (omitiendo otros muchísimos más) he citado, Arago ni Tyndall, Wírchow ni Hæckel, Berthelot ni Vico, ni Hégel ni Hártmann. Y aun esos mismos en lo que aciertan, no tienen nada contrario á nuestra Teología: y en lo que contradicen á nuestra Teología, lo mismo Arago, que Berthelot, que Flammarión, que Hégel, ó quien quiera, se equivocan; y con toda su ciencia no son más que un Cerinto, ó un Valentín, ó un Eutiquio, ó un Arrio, ó, haciéndoles mucho honor, un Celso; y ni aun eso, porque ni siquiera tienen talla de heresiarcas, ni habilidad para inventar nuevos errores; sino para volver á suscitar las antiguas herrumbres y escorias, que barrieron y sepultaron con su polémica victoriosa los Santos Padres.

Que nuestros sabios son intransigentes con los que contradicen su dogma.—Sí que son intransigentes. Y lo son, por la convicción íntima é ineluctable que sienten, de que poseen la verdad; lo son, porque el que tiene razón, tiene derecho de ser intransigente con el error; lo son, porque la intransigencia intelectual es el carácter más adecuado de la verdad, que no

tiene más que una cara; lo son, porque deben serlo; y si no lo fuesen, serían como los impíos mentira y error. Pero, Señores, como sus dogmas ni son ni pueden ser mentira y error, por eso son intransigentes, y hasta el punto de que la Iglesia manda y obliga á sus hijos profesar la fe, si preciso fuere, aun arrojando la muerte y el martirio. ¿Qué otra ciencia, escuela ni maestro exige de sus discípulos tan heroica tenacidad? Ninguna. Porque? Porque ninguna otra tiene esa conciencia infalible de ser verdadera.

Y vamos á ver si los cristianos tienen derecho de ser intransigentes con otras doctrinas. ¿Cuál es su Credo? Es un Credo que han rezado todos los pueblos, que han rezado todas las edades, todos los sabios, todos los buenos. Nuestro Credo, Señores, este Credo que vosotros y yo rezamos, es el Credo de todos los Concilios, desde el Niceno hasta el Tridentino, que sin duda es la asamblea más augusta y más sabia que se ha juntado en el mundo, y desde el Tridentino hasta el Vaticano, pasmo y admiración de los buenos, y terror y espanto de los heterodoxos. Es el Credo de todos los Santos Padres, desde San Clemente hasta San Bernardo. Es el Credo de todos los Doctores, desde Santo Tomás de Aquino hasta San Alfonso María de Ligorio. El Credo de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, de Teresa de Jesús é Ignacio de Loyola y de todas las Órdenes religiosas. El Credo de Wenceslao el Grande, de Canuto el Grande, de Esteban el Grande, de San Luis de Francia, de Fernando el Santo y de Isabel la Católica. Es el Credo de Juan Huniade, de Juana de Arco y del Cid

Conquistador. Es el Credo de aquellos que lucharon en Covadonga, y entraron en Sevilla, y tomaron á Granada, y vencieron en las Navas, y triunfaron en Lepanto, y civilizaron el Oriente y el Occidente. Es el Credo que llevaron en sus lanzas los cruzados y en su cruz los misioneros. El Credo, que confirmaron con innumerables milagros millones de Santos, y pronunciaron con sus labios de azucena millones de vírgenes, y escribieron con su sangre en los coliseos millones de mártires, y están aún rezando millones de huesos venerandos en las Catacumbas. Después de diecinueve siglos de testigos tan eminentes y unánimes, ¿hay hombres tan atrevidos, tan ignorantes y tan impudentes, que nos digan: «pues yo no creo que sean sabios los que creen en Cristo, sino los que creen en lo que yo he soñado esta noche, ó en lo que me dice un Lutero, un Calvino, un Voltaire, un Hégel... y aún ménos, uno de tantos como escriben en alguno de nuestros periodicuelos, hombres tal vez impúdicos, desvergonzados y soberbios?» ¿Estos tienen derecho á que seamos transigentes y les dejemos lucir? ¿Qué derecho tiene un gusano de luz de exigir al sol que recoja sus rayos, para que él luzca su resplandor?

Pero lo cierto es que el espíritu humano progresa, y los sabios de Cristo están estacionarios. ¡Ah Señores! esta objeción de los impíos la escribiría yo con letras de oro sobre la haz de la tierra, porque es el testimonio más grande de que nuestra ciencia es la verdad. Y así como para confundirlos me basta lanzar contra ellos el indubitable axioma de Bossuet: *Tu varias, luego no eres la verdad*; así para argüirles

más con su misma objeción, les puedo decir: Nosotros somos el sol que se pára en el meridiano; vosotros sois soles que queréis pasar adelante: pasad enhorabuena, pero tened entendido que camináis á las tinieblas del ocaso.

Decidme: ¿en qué ha progresado la sociedad fuera de Jesucristo? ¿Qué han descubierto de nuevo en el terreno teológico, que ó no sea falso, ó, si es verdadero, no lo supiésemos hace diecinueve siglos los cristianos? Si ¡ni aún errores nuevos han sabido ya inventar, sino únicamente resucitar los antiguos, que fueron ya en su tiempo refutados por los Santos Padres! y tal vez algún granuja de la ciencia ha ido á la suma de Santo Tomás á copiar las dificultades que el santo Doctor se propone y suelta, para, callando sus soluciones, ponerlas como dificultades propias é irrefutables en manos de los ignorantes.

Y ¡qué! todo este siglo ¿no está confesando que es el siglo de las cuestiones, buscando la resolución á la cuestión obrera, á la cuestión religiosa, á la cuestión política y á otras mil? Y ¿qué otra cosa es la cuestión sino la ignorancia? ¿Qué será, pues, el siglo de las cuestiones sino el siglo de las ignorancias? Aunque no para nosotros, sino para ellos, que no quieren admitir las soluciones que la Iglesia tiene dadas hace siglos. De ahí ese aluvión de filosofías y de sistemas, tantos, tan varios, tan contradictorios, progresivos unos y regresivos otros, disparatados todos, que van y vienen y se chocan, y nos hacen otra vez exclamar con Bossuet: *Tú varias, luego no eres la verdad.* ¿Acaso hay entre cien cabezas de los modernos filó-

sofos ni siquiera dos que convengan del todo en un sistema? ¡Digno premio de la sociedad de hoy, que creyéndose adulta se ha separado de la Iglesia de Cristo para andar por sí sola, y ha dado tantos tropezones, que aun el más rudo echa de ver que es incapaz de salir por sí sola de una perpetua minoridad!

En cambio la dogmática de Cristo, inmóvil en el zenit de la verdad, ha visto, por espacio ya de veinte siglos, y aún está viendo cruzar en todas direcciones innumerables aerolitos, que en su orgullo amenazan oscurecerla. Por aquí pasa Hégel, corriendo tras de Fichte y Schélling, y perseguido de Hártmann: por allá pasa Hæckel, á trechos corriendo con Darwin y á trechos tropezando con Wírchow: por otro lado Littré y Augusto Compté con su grey de positivistas; Stuart-Mill y Húxley con un rebaño de materialistas; Baur y Strauss con una nebulosa de racionalistas. Allan-Kardec y Flammarión y Spéncer y otros ciento ¿qué son?... Aerolitos! Y pasaron los aerolitos, y el sol de la verdad persevera, sin progresar, pero con toda su luz.

Mas no, Señores, los sabios de Cristo no rechazan el verdadero progreso, que consiste en el desarrollo del árbol de la verdad. Entrad por favor en una biblioteca. Desafío á cualquiera á ver quién ha escrito más y más profundo. Y si los Aquinos, los Bolandos y los Benedictinos de San Mauro, los Alápide, los Cornely y los Belarminos, los Petavios y Nieremberg, los Escotos y los Suárez, los Lugos y Salmerones, los Bossuet y los Bourdaloue, los Leones y los Granadas con

todos sus infolios, no le hacen confesar que el pueblo católico es el pueblo más progresista de la tierra; es porque no entiende ni las portadas de los libros.

¡Ah! y no tengo tiempo para explicarlo! pero si de las grandes ideas y moral pura, que saben y escriben los que están y han estado fuera de la Iglesia de Cristo, examinásemos la procedencia, ¿cómo hallaríamos que la mayor parte es de la Iglesia, que al emanciparse esos hijos pródigos de su tutela, les dejó llevar buena parte de su herencia! la cual era tan rica, que merced á ella y á lo que como hermanos les seguimos comunicando por la vecindad los católicos, aún no se han visto obligados á comer las bellotas de que se alimenta la gentilidad.

Señores: ¿quién ha de atreverse ya á decir que Jesucristo no reina en las ciencias? Pues deteneos un momento á ver como reina en las artes. Porque queriendo Jesucristo levantar un templo digno de su Iglesia de sabios, llamó á todos los artistas: y obedientes á su Rey todos los mejores arquitectos, los Bramantes y Miguel Ángel, los Herreras, los Colonias y Siloe y otros mil, le erigieron las basílicas de Santa Sofía y San Pedro, las catedrales de Reims y Chartres, de Strasburgo y Amiéns, de Burgos y Toledo; y le inventaron nuevos estilos arquitectónicos, el gótico, el románico, el plateresco; y lanzaron al aire las más suntuosas bóvedas, coronadas de finísimas torres y altísimas agujas.

Y luego le esculpieron infinidad de estatuas los Chiberti y Robbia, los Siloe, Keraff y Cellini, los Mi-

guel Ángel, los Berruguete, Montañés y Zarcillo, y esos autores de fachadas como la del Sarmental y retablos como los de San Nicolás y Santa Ana; en los cuales la madera vive, la piedra palpita, el marmol habla y todo inspira virtud y santidad.

Y en pos los más divinos pintores Cimabée y Giotto, Fra-Angélico y Miguel Ángel, Rafael y Murillo, Velázquez y Ribera, ungiendo sus pinceles en la fuente del sol y en la de la gracia, le pintaron los más ideales cuadros.

Y como si no fueran dignos de penetrar en el santuario todos los rayos del sol, cerniéronlos y tamizáronlos en preciosísimas vidrieras de colores, que daban paso únicamente á los más delicados rayos.

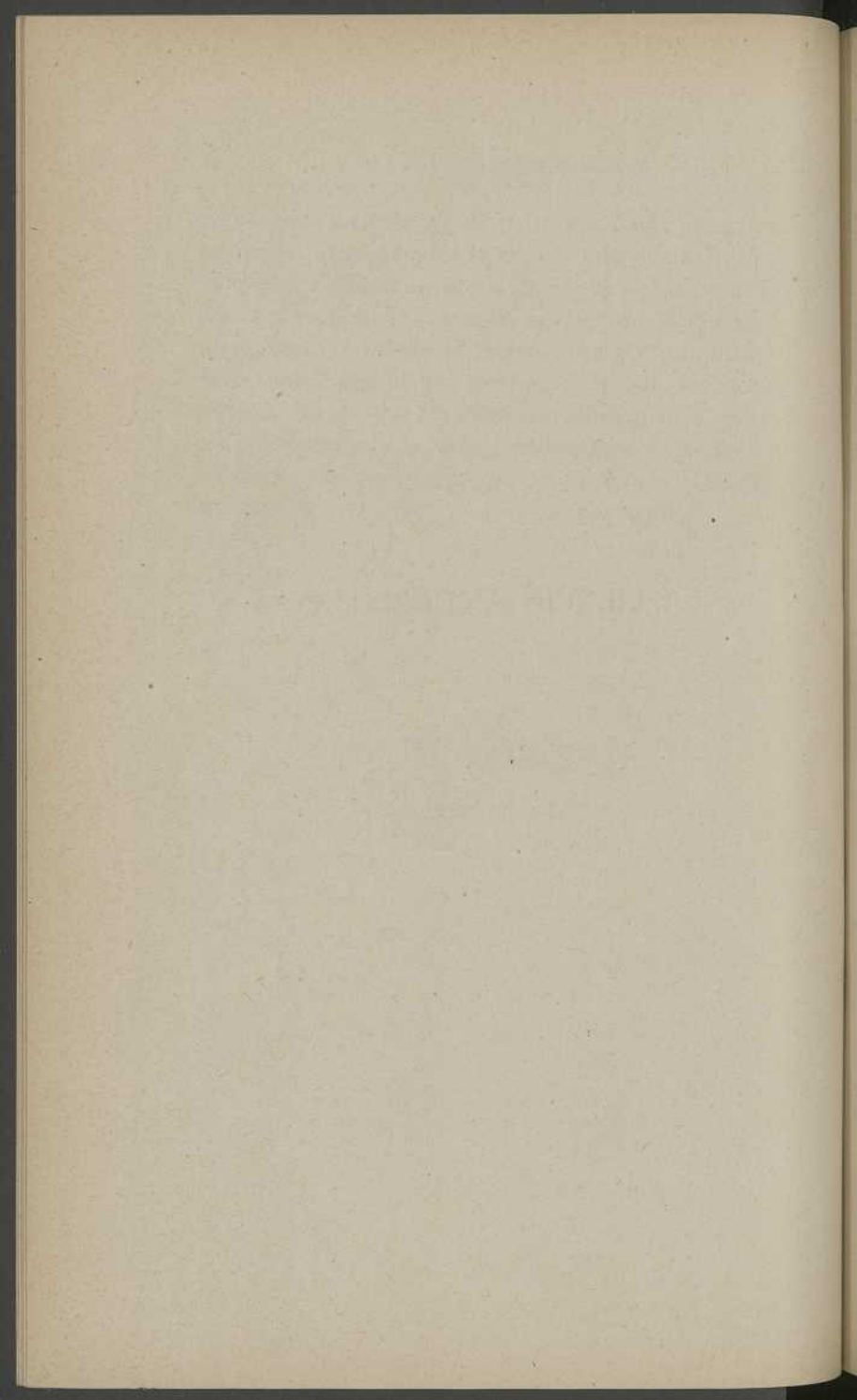
Y subieron al púlpito á alabarle los mejores oradores, y le compusieron preciosísimos himnos los mejores poetas, y se los cantaron los mejores músicos, Gregorio Magno, Guido Aretino, Palestrina y Morales, Mózar y Cherubini, Victoria y Eslava acompañándose con el rey de los instrumentos, el órgano, que para él exclusivamente inventaron.

Entretanto en el pavimento se incrustaban los mosaicos más admirables y se tendían las mejores alfombras; de los muros pendían las más ricas sedas y tapices; en los retablos lucían las más hermosas flores; en el altar la mantelería más fina; en los ornamentos sacerdotales los bordados y encajes más delicados; en los cálices y copones, relicarios y custodias el oro más puro, las perlas y diamantes de mayor valía; en los devocionarios y libros sagrados las más primorosas estampas y miniaturas; en el espacio las

arañas más lucientes, y en la torre las más vibrantes campanas: para que desde el grano de ágata incrustado en los mosaicos, hasta las masas de las cúpulas; desde el suspiro de la virgen que lee en el devocionario, hasta el acorde del órgano; desde el cambiante de la perla hasta el haz de rayos del sol; todas las artes, lo mismo que las ciencias, gritasen á la fantasía y al corazón, á la vista y al alma toda de los fieles: *¡Hosanna á Cristo Rey de los sabios! Cristo es el Rey de las ciencias! Cristo es el Rey de las artes!*



LA CIENCIA ANTICRISTIANA





LA CIENCIA ANTICRISTIANA

(SÁTIRA)

¡Oh qué hermoso discurso el que habéis visto!
¡Qué sabio el mundo fué por Jesucristo!
El es el gran maestro: sus ideas
De su antigua niñez han despertado
Y en su menor edad han educado
Las cultas sociedades europeas.
Mas es preciso confesar que el mundo
Es ya mayor de edad, tiene conciencia
De que con solo su saber profundo,
De que con sola su estupenda ciencia,
Prescindiendo de Cristo y su doctrina,
Puede ya caminar sin andadores,
De la razón sin fe llevado en alas,
Como en la cumbre andina
Vuelan por donde quieren los condores.
Eso de ir, como un ciego, de la mano
Tolerarse podía
Cuando el mundo era niño; pero hoy día
Que es entendido, racional y culto,

Mayor de edad, adulto,
No sufre ya tutor, es soberano.

Y desde que discurre por su cuenta,
Es una maravilla
La ciencia con que brilla,
Las ideas que inventa.
Con infantil candor tal vez vosotros
Pensasteis descender de antepasados
Racionales y honrados
Que andaban en dos pies como nosotros.
¡Oh ignorancia supina,
Hoy que la ciencia opina
Que el hombre más juicioso y de más tono
Tiene un abuelo por lo ménos mono!

Lametrie dijo aún cosas más extrañas.
¿Cuál fué la procedencia peregrina
De nuestros padres en la edad remota?
La tierra los brotó de sus entrañas
Como los hongos brota:
Y hoy no brota otros nuevos,
Porque es vieja la tierra, y la gallina
Envejecida ya no pone huevos.

Voluntad, pensamiento, inteligencia,
Virtud, deber, conciencia...
¡Palabras sin sentido!
Querer, solo es tener en movimiento
Las fibras vertebrales.
Las más altas ideas de la mente
Son sencillos acordes musicales
Que brotan de las teclas cerebrales:

Son secreciones de la masa hirviente
Que el cráneo encierra; y ved aquí el busilis,
La fórmula feliz de estos inventos:
«El cerebro segrega pensamientos
Como segrega el hígado la bilis.»

Alma? no existe el alma!
Virtud? inútil nombre!
Como el dátil es fruto de la palma,
La virtud, según unos, es el fruto
De este árbol nuevo que llamamos hombre:
Según otros, ni aun eso;
El hombre es, como el bruto,
Máquina sometida al fatalismo.
No penséis, no, que el vicio lo envilece;
El vicio es una sal como el vitriolo.
No creáis que del bueno el heroísmo
Del hombre las acciones ennoblece.
Pues entonces, ¿porqué se nos exige
Honradez y virtud? Risible empeño!
Si yo no soy de mis acciones dueño!
Si yo soy una máquina á quien rige
La cruel necesidad! si mis acciones
De esa máquina son simples tensiones!
—Oh! usted es un impío!
Como rapante lobo
Me roba usted mi hacienda.

—Señor mío,

Está usted en un error; si yo no robo!
Es un simple resorte
De esta máquina ruin que se *distiende*.
—Que hiere usted mi honor y mi persona.

— Su ira se reporte.

No es mi malicia, como usted pretende;
Un resorte es no más que desentona.
Si le estorba mi máquina, al instante
De un hachazo con ella usted concluya:
Si no, concluiré yo con la suya.—

Por lo demás la sociedad humana,
Como lo ha dicho un sabio muy certero,
No es más que un hormiguero exorbitante,
En que el mundo es tan solo el hormiguero,
Y los que en él vivimos las hormigas.
Con esta diferencia solamente,
Que entre ellas no hay intrigas,
Reina la unión; nosotros
Por un feliz exceso de cultura,
Que Taine apellidó bello accidente,
Nos comemos los unos a los otros;
Eso sí, con finura,
Mas siempre que podemos buenamente.

Oh! cuántas peregrinas invenciones
Ha inventado la ciencia anticristiana!
Cuántas nuevas ideas y nociones!
Cuánta locura insana!

Para que un sabio obtenga
Que la fama del mundo en su bocina
Pregone su doctrina;
Tres condiciones es preciso tenga.
Novedad: nada hay que así conmueva

De un hombre sabio el pecho.
Dice un sabio una cosa. ¿Es cosa nueva?
Ya tenemos al hombre satisfecho.
Pero ¡es una herejía, es un capricho!
No importa, hay que decir algo que asombre:
El caso es ver cómo se arregla un hombre
Para decir lo que ninguno ha dicho.

Por ejemplo, decir que Cristo es Cristo,
Todo el mundo lo dice;
Por eso ha habido un sabio tan felice
(No sé si era un francés, ó era un austriaco)
Que ha dicho, pero en serio,
Que Cristo, desnudado del misterio,
Es simplemente... ¡el sol! y los Apóstoles...
¡Los signos del Zodiaco!
Y corrió la patraña
Por cierto con encomio,
Y no se acordó nadie ¡cosa extraña!
De llevar á su autor á un manicomio.

Concepciones é ideas tan grandiosas
Como estas que hasta ahora habéis oído
Tal vez nunca se os hayan ocurrido.
Y ¡qué extraño! estas cosas...
No se ocurren de un golpe; y mucho menos
Cuando se tiene entendimientos buenos.

Lo segundo que debe
Tener todo sistema
Para pasar por arma de combate
En el sabiondo siglo diecinueve,

Es una idea bárbara, blasfema,
Algún inusitado disparate.

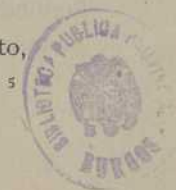
Aunque es difícil ya encontrar caprichos
Á la altura de tantos adelantos
Como ha visto este siglo. ¡Horror! son tantos
Los disparates que llevamos dichos!

Mas lo que más que nada recomienda
A un sistema moderno,
Es que borre del mundo la tremenda
Y horrible pesadilla del infierno.
¡Fuera ese horrible invento de los curas!
Es preciso probar al mundo entero
Que el destino postrero
Nada tiene que ver con los pecados.
Que así suelen llamar los apocados
Á los que, cuando más, serán... locuras,
Vértigo inevitable en las pasiones,
Quizás de una alma noble emanaciones.
Ántes que pena eterna, ¡quién lo duda!
Preferiré... la religión de Buda.
Probadme que mi fin es el Nirvana,
Ó, como ahora se dice, el nihilismo.
Probadme que mi cuerpo es cosa vana,
Y que aunque muera mal ¡oh Espiritismo!
Iré á pagar mis culpas de astro en astro.
Probadme que soy nieto, hijo ó hijastro
De una mona sin alma;
Á ver si de este modo encuentro calma.
El origen de todos nuestros males
Es el saber que somos inmortales.

No me probéis que ha muerto por mí Cristo.
Más quiero que probéis que yo no existo.
No me digáis que un alma grande encierro;
Más quiero que digáis que soy un perro.
No me digáis que soy de Dios figura,
Probadme que un montón soy de basura.

Es de notar que el noble magisterio
De la moderna, independiente ciencia
No admite ya el *misterio*,
Solo cree... lo que ve su inteligencia.
El credo humano debe ser perspicuo,
Más claro y evidente que un teorema:
Veamos por ejemplo algún sistema
El de Hegel, filósofo conspicuo.

«Yo soy *no-yo*, Señores, y vosotros
»También sois *no-vosotros*.
»Si yo en vosotros, al pensar, me pongo,
»En vosotros poniéndome, me opongo:
»Si á pensar en los cuerpos me deslizo,
»Yo así me exteriorizo;
»Y en el espacio y tiempo yo así puesto,
»Ideo todo esto,
»De que mi *yo* á la fuerza se reviste,
»Pero que en realidad ¡claro! no existe.
»Viene el tercer momento, me retiro
»Otra vez á mi idea, en la cual miro
»Que en el simple ideal del *yo* se encierra
»Dios, el mundo, el espíritu, la tierra,
»Que no existen, repito,
»Porque no hay más que yo, idea, infinito,



»Que luégo, á mi pesar, me desenvuelvo
»En arte, ciencia, historia,
»Religión...; y, por fin, dando á la noria
»De esta forzosa evolución y ciega,
»Tarde ó temprano el ideal ya llega
»Á lo perfecto del ideal humano,
»Á saber el sistema Hegeliano.»

Y esto así, puesto en verso,
Parece alguna cosa,
Porque, lo que es en prosa
Sale el sistema mucho más perverso.
¡Esto creen los que dicen: ¡Yo... no creo
Sino aquello que veo!

Hay una legionzuela de ignorantes
(Desprecio á mí me inspiran)
Que á los creyentes miran
Casi con compasión; y es muy curioso
Ver el pueril denuedo
Con que esos arrogantes, por lo visto,
Creen ponernos miedo,
Diciendo con el aire desdeñoso
De hombres desengañados: «Oh! nosotros
No creemos en Cristo.»
¡No creemos en Cristo? Miserables!
Y ¿quiénes sois vosotros
Enfrente á ese escuadrón de innumerables
Soldados de la fe y sus campeones?
¿Qué sois sino miseria é ignorancia?
Pero hay ciertos pigmeos, que en ocasiones
Se forman muy extrañas ilusiones

De su propia importancia.
—¡No creemos en Cristo! mas en cambio
En Hégel, Darwin y Stuart Mill creemos;
Sus lemas serán siempre nuestros lemas.—
¿Y qué son esos lemas, sino utopías
Y disparates de almas corrompidas,
Que por no avergonzarse de sí propias,
Se han lanzado á inventar nuevos sistemas,
Con que ocultar la infamia de sus vidas?
No les valió; si con astucia insana
Halagando pasiones,
Se han propuesto abatir el cristianismo,
Es vana su locura.
Ya lo están viendo: dura
La fe, y ha de durar eternamente;
Al paso que su ciencia soberana
Todos los hombres serios y formales
La profesan tal vez una semana,
Y sucesivamente
Arrojándola van por la ventana.

Ciencia de maldición ¿qué has conseguido
En las quinientas posiciones nuevas
Que en ese siglo llevas?

Has cegado la fuente del consuelo,
Has engendrado el hálito del crimen,
Has cerrado el camino que va al cielo,
Has robado la paz de los que gimen,
Has hecho un egoísta al opulento
Y al pobre has hecho un criminal sangriento.
De la revolución puesta en el carro

Aplastas de cadáveres montones,
Y entre nubes de fuego y humo y barro,
Arrojas sin cesar á las naciones
De crímenes y vicios un diluvio
Más torpe y destructor que el del Vesubio.

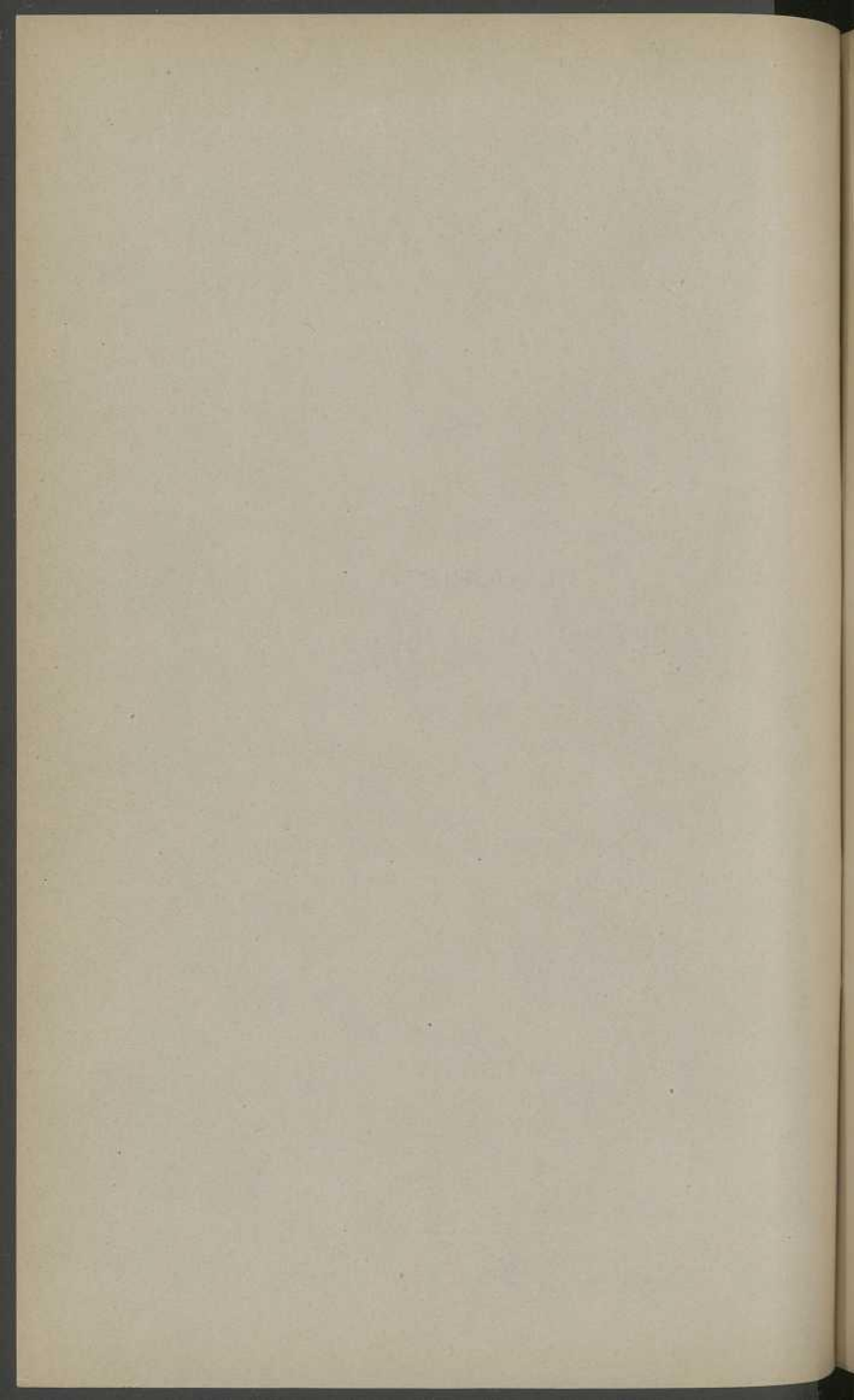
Ciencia infernal que todo lo destruyes
¿Con qué lo destruído sustituyes?
Con nada! hasta alardeas
De haber sustituído
Al reinado de amor y de esperanza,
El reino del puñal y de las teas.

Oh! si á esto solo tu poder alcanza,
Ciencia de Satanás ¡maldita seas!



JESUCRISTO

REY DE LOS BUENOS





JESUCRISTO

REY DE LOS BUENOS

SEÑORES:



MÁS turbulenta que el diluvio universal, más cenagosa que sus revueltas aguas, más asoladora que sus arrebatados remolinos, una desbordada inundación de vicios cubría ya todas las naciones, aun las más civilizadas, y casi anegaba las montañas mismas de Sión, la mayor altura moral que entonces se conocía, cuando sereno, cortando la última línea del nebuloso horizonte, en una débil barquilla en que remaban doce pescadores, apareció Jesucristo Nuestro Señor y mandó á aquellas aguas seculares que retrocediesen. Replegarónse las ondas dejando en su retirada cubierto el suelo todo de profundo légamo, sobre el cual

salió Jesucristo, y resbalando por aquel piso cenagoso sin manchar sus inmaculadas plantas, fué esparciendo en él semilla rica y nueva traída del cielo, que germinó en breve y cubrió toda la tierra de hermosísimas flores, nunca hasta entonces conocidas: vírgenes purísimas, Cecilias, Ineses y Lucías; niños angelicales, Pancracios, Tarsicios, Justo y Pastor; matronas nobilísimas, amparo de pobres y desvalidos, como Paula y Melania; sabios y señores humildes que llamaban hermanos á los pobres y esclavos, cual Trason y Pudente; pobres resignados, esclavos dóciles, esposas y madres de familia, magistrados justos y desinteresados, emperadores padres de sus pueblos, ofendidos que perdonan, Felicitas, Mónica, Constantino, Teodosio, Pulqueria, Nicéforo... ¿quién los contará? Sí; desde entonces nunca han cesado de renovarse estas semillas y estas flores. ¡Ah Señores! los que tengáis un superior benigno, un criado desinteresado, un amigo hasta el sacrificio, un bienhechor compasivo; los que tengáis una esposa fiel, una hija virgen, una madre abnegada, un hijo inocente, acordáos que se lo debeis á Jesucristo Rey de los buenos. ¡Alabadle! ¡benedicidle! ¡aplaudidle!

Y no vayáis á figuraros que estos buenos vasallos de Cristo son buenos con una bondad común, con esa honradez del buen sentido. La bondad de los vasallos de Cristo llega á un término desconocido en la antigüedad, llega á la abnegación por Cristo. Cuando Jesucristo manda alguna cosa, al punto salen mil servidores á hacerlo, mande lo que mandare. Mandó á unos salir de sus palacios, y salieron los Kostkas y

Gonzagas, los Flavios y Domitilas. Mandó á otros retirarse al desierto, y los desiertos de Siria, de la Arabia y Tebaida se poblaron de Pacomios é Hilariones. Mandó á otros habitar en cuevas y fraguras de montañas, y los Pablos, los Teobaldos y Romualdos subieron á las camáldulas y ermitas. Mandó hacer penitencia, y el estilita subió á su columna, y Antonio se vistió de esteras, y Jerónimo se quebrantó el pecho con una piedra. Mandó sufrir con paciencia y mansedumbre, y sufrieron sin quejarse las Liduvinas y Margaritas. Mandó perdonar á los enemigos, y perdonaron los Gualbertos y Wenceslaos. Mandó dejar los honores, y ¿quién podrá contar los Guilleumos de Aquitania, los Franciscos de Borja, los Enriques y Fernandos, Casimiro y Luises, las Isabeles de Portugal y Hungría y los que, como aquel Rey Felipe II, exclaman: «¡No me importa perder á Flándes! ¡Quiero más no tener vasallos, que tenerlos herejes!» ¿Quién podrá enumerar los sabios del mundo que desprecian por Cristo su sabiduría, como San Dionisio Areopagita, Sinesio, el divino Hieroteo, Arístides y Justino, los opulentos que dejan por Cristo sus riquezas, que vosotros los habéis conocido y tal vez son vuestros hijos é hijas, vuestros parientes y amigos? En fin, manda Cristo, y hasta los pecadores salen de sus delicias y vicios, y los Francos de Sena, las Pelagias, las Marías Egipcíacas, los Agustines, las Margaritas de Cortona y mil y mil otros abandonan sus placeres por la virtud.

¡Señores! ¿Puede darse mayor abnegación? Pues todavía Jesucristo ha querido tener vasallos más bue-

nos, y les ha pedido lo que ningún maestro jamás se ha atrevido á pedir á sus discípulos: el sacrificio de sus vidas en el martirio. ¿Y pensáis que se han arredrado? ¡Oh pueblo de buenos! ¡oh Iglesia estupendamente santa! De todos los climas, de todas las naciones, de todas edades y sexos y condiciones corrieron anhelantes á dar su sangre por Cristo millares y millares. Nobles caballeros, decrépitos ancianos, débiles mujeres, doncellas de cera, niños de leche, ejércitos, pueblos enteros, todos delante de los tribunales y magistrados exclamaron unánimes: «Moriremos por Cristo.» No sofocaron los tormentos tan generoso grito. Ni llamas, ni hambre, ni plomo derretido, ni ruedas, ni cuchillas, ni ecúleos, ni estanques helados, ni toros de bronce incandescentes, ni calabozos y bestias feroces, ni la más cruel carnicería en los ojos, en los pechos, en los miembros más sensibles del cuerpo, bastó á arredrar á los buenos soldados de Cristo, y más de doce millones en las diez persecuciones primeras abrieron el camino del martirio, que luégo siguieron 37.000 bajo el cetro del persa Cosroes, 72.000 bajo el de Enrique VIII, más de 900.000 en las persecuciones del Japón, y ¿quién podrá fijar número á cuantos sucumbieron en China y en Mogol, en Cochinchina y en Tonquín, en Corea y Tibet, las Indias Orientales y Occidentales y en la misma Europa, víctima de la perfidia herética? Y hoy mismo ¡plugiese á Cristo lanzar entre nosotros ese grito! que iríamos al punto á que despedazasen nuestras carnes y nos sacasen la sangre, y daríamos la vida, no llorando, sino contentos, como la han dado

ya, y en este mismo mes, en la China muchos hermanos nuestros. ¡Felices ellos que escribieron con su sangre, que Jesucristo es Rey de buenos! Porque decidme, Señores, ¿no es Rey de buenos un Rey que cuenta con millones de vasallos que han sacrificado sus vidas, y millones que están dispuestos á sacrificarlas por la virtud?

Y para que no confundáis este reinado de Cristo con una sociedad semisalvaje, y el heroísmo de los mártires con la estúpida rudeza de los bárbaros, ved entre los vasallos de Jesucristo junto al ideal de la fortaleza el ideal de la pureza, junto á la legión de los mártires la delicadísima corona de las vírgenes. ¡La virginidad! ¡la castidad! ¡Salve, virtud regalada del cristianismo, lirio delicado é incorruptible que solo brota en las tierras del cristianismo! ¡Oh! mi alma al pensarlo se embriaga de dulzura y de consuelo; y al ver que á mi lado crecen y han crecido Ineses y Cecilias, Eulalias y Potamienas, Columbas y Catalinas, Pelayos y Berchmans, Kostkas y Gonzagas, late deliciosamente mi corazón, me siento más joven, más noble, más sobrehumano, más ángel, y aborrezco más y más á los que, por distinto camino de Cristo, corren en pos de repugnantes deleites. *Procul este, profani!* ¡Fuera! ¡fuera del reino de Cristo el apóstata Lutero, el inmundo profanador de los votos de castidad! ¡fuera el lujurioso Enrique VIII con sus mancebas! ¡fuera la despechada é impúdica Isabel de Inglaterra! ¡fuera Calvino, el señalado en la espalda con la marca del impuro! ¡fuera el desenfrenado Zuinglio!

¡fuera los que hoy siguen sus impuras huellas, esos modernos civilizadores que persiguen con rabia encarnizada á las vírgenes esposas de Jesucristo y prefieren los lupanares á los conventos! ¡Maldigámoslos! pues los maldicen los labios virginales de las Águedas, de los Pelayos, de las Lucías, de los Tomases de Aquino, de los Vicentes Ferrer y de centenares y centenares de miles de vírgenes, y todo el que tenga amor á la pureza exclame arrebatado: ¡Jesús Señor, hijo de la más pura de las Vírgenes! aunque no hubieras hecho más que enseñar á los hombres á vivir en la tierra como los ángeles, yo te adoraría, yo te amaría, yo me gloriaría de ser vasallo tuyo, yo te diría con delirio: ¡Tú, Señor, tú eres el Rey de los buenos!

Pero Jesucristo vino á hacer una renovación más profunda, vino á reformar la sociedad. Quería ser Rey no solo de individuos buenos, sino de sociedades buenas, y las que encontró cuando vino á la tierra eran las más deplorables. ¿Qué era allí la religión? Una institución abominable que hacía á los hombres ó crueles exigiéndoles víctimas humanas, ó impuros exigiéndoles en sus fiestas otro sacrificio más doloroso, el del pudor, y convirtiendo en dioses Júpiter, Vénus, Baco, los más degradantes vicios. ¿Qué era la mujer? Instrumento de placer. ¿Qué era la familia? Una carga tan desechada, que Augusto hubo de obligar con leyes y premios á que los jóvenes se casasen y criasen hijos. ¿Qué eran los hijos? Un estorbo. Algunas leyes mandaban no dar alimento y aun arrojar por una sima á los niños inhábiles para llevar algún

día las armas. ¿Qué eran los ancianos? Un trasto inútil: en las Galias los inmolaban á Mercurio. ¿Qué eran los débiles, los vencidos, los bárbaros? *Vae victis!* Recordad lo que el año pasado oísteis desde este mismo sitio (1), y digamos sin temor, que las sociedades ántes de Cristo no fueron sino inmensas gavillas de miles de bandidos que explotaban á millones de infelices, para cebar su gula, su orgullo, sus codicias é impurezas. La guarida fué unas veces Babilonia, otras Ninive, otras Tiro, otras Tebas, Alejandría, Aténas y Cartago. Cuando vino Jesucristo, la guarida estaba en Roma.

¿Y ahora qué somos? Yo oigo que nos lamentamos de nuestros tiempos, y quiero suponer que sean verdad esas quejas sobre filtraciones, abuso de gobernantes, avaricia de empleados, despotismo de los grandes; pero... ¡qué diferencia! Ya no vamos en número de cien ó doscientos mil á fabricar, bajo el azote de un capataz, el acueducto de Segovia ó la pirámide de Queops. No somos echados á los peces ni despedazados por el capricho de un señor sin entrañas. No vamos uncidos á la carroza de los vencedores, ni se nos ceba para salir al circo, donde una plebe salvaje palmorea al vernos entre los dientes de las bestias feroces. No nos lanzaron espartanas leyes en nuestra infancia, por enfermizos é inhábiles que fuésemos, por una sima. No son vuestras esposas é hijas juguete vil del que más puede. No teñimos ¡oh ancia-

(1) En otra academia que se tuvo el año 1899, titulada *El Coliseo*.

nos! vuestras canas con vuestra sangre sacrificándoos á Mercurio. ¿Porqué? Porque ya reinan doquiera las virtudes sociales. ¿Y quién las ha introducido? Saludad otra vez al Rey de la buena sociedad, saludad á Jesucristo, autor de la verdadera civilización. Él, con su Evangelio y su Iglesia, ha despertado en el hombre vivo sentimiento de su decoro, de su libertad. Él ha enaltecido á la mujer igualándola al varón, dándole el cetro de reina en la familia. Él ha constituido la familia llena de tradiciones y encantos. Él ha formado esa admirable conciencia pública henchida de principios de equidad y pundonor, que hace imposible aquella antigua y descarada soltura en los vicios, y restaña y cicatriza continuamente las heridas que á la pública moral infieren las pasiones de la inmoralidad privada. Él ha generalizado esta suavidad de costumbres, que en tiempo de guerra aminora sus crueles consecuencias, y en el de paz hace la vida más apacible y segura. Él ha arraigado un profundo respeto al hombre y á su propiedad, por lo cual son tan raros en el día los allanamientos del hogar privado. Él ha despertado un vivo anhelo de perfección en todos ramos, junto con ese espíritu de universalidad, de concordia, de propagación y de cosmopolitismo. Él en el magisterio continuo de la Iglesia y en los sacramentos, sobre todo en la confesión, por manera nunca vista nos ha dado un poder increíble de contenernos en lo recto, y repararnos de lo torcido, y rejuvenecer sin cesar tras los mayores caos y revoluciones. Él sostiene esa tendencia siempre viva á mejorar el estado de las clases numerosas. Él ha gene-

ralizado ese secreto impulso á amparar la debilidad, á socorrer el infortunio. ¿Cómo acabaré esta enumeración? Diré, Señores, que Cristo nos ha traído la civilización, y que quien hable mal de Cristo... ni conoce la historia, ni sabe filosofía, ni entiende de civilización, ni es bueno, ni culto, ni agradecido, sino bárbaro, y salvaje, y enemigo de toda sociedad, y digno de ser exterminado de toda tierra civilizada.

Y no necesitó para esto de teorías y pomposas disertaciones; le bastó infundir en las sociedades su espíritu, el espíritu de caridad. ¡La caridad! ¡Oh lengua mía! triunfa ya y habla bien de esta reina de las virtudes de los cristianos, porque muy inelocuente has de ser y ruda, si al exponer la caridad de los hijos de Cristo, no arrancas aplausos de admiración, no para mí, sino para el autor de la caridad, para mi Rey Jesucristo. ¡Oh Señores! En medio del egoísmo individualista de la sociedad antigua, lanzó Jesucristo esta voz á sus discípulos: «La señal en que conocerán todos que sois mis discípulos, es que os améis los unos á los otros.»

¡Ea pues! extended una mirada sobre los campos de la historia, y á ver si encontráis una necesidad á que, cuanto está de su parte, no haya atendido el catolicismo. Para los idólatras hay Franciscos Javieres y Solanos, Bonifacios y Agustines. Para los leprosos, Padres Damianes que se encierran con ellos en las leproserías de Molokai. Para los pobres de las buhardillas, Federicos Ozanam. Para las mujeres de mal vivir hay Franciscos de Jerónimo y Vizcondesas

de Jorbalán. Para los negros esclavos, Sandoval, Claveres y Lavigeries. Para los apestados, Federicos y Carlos Borromeos. Para los que sucumben en el campo de batalla, Hermanas de la Caridad. Para el condenado á galeras, Vicentes de Paúl. Para los cautivos, Paulinos de Nola. Para los gladiadores hay un Almaquio. Para los desterrados de Siberia un Otzestko y un Gromadski. Para los emigrantes á América sociedades de San Rafael. Para los pescadores de Islandia, para el peregrino á Jerusalén, para el viajero de los Alpes, hasta para el chicuelo que vende periódicos hay favor, amparo, defensa, pan, lecho, abrigo ó consejo. ¿Diré las limosnas que, no sólo los ricos, sino los pobres han dado y dan por Jesucristo, para hospitales, cárceles, conversión de infieles, socorro del Papa, ofreciendo tal vez los mendigos sus limosnas, las criadas sus pobres ahorros, los soldados su tabaco, las damas sus aderezos y las jóvenes sus trenzas, que se las cortaban para venderlas para otros?

Pero, Señores, no puedo detenerme en casos particulares. Esta caridad se ha infiltrado en la sociedad para extinguir todos los abusos y derramar un océano de beneficencia pública. Encontró la esclavitud, y la abolió; encontró la lucha perpetua, y puso la tregua de Dios; encontró el feudalismo, y le deprimió; encontró el abuso del débil, la intemperancia del vencedor, el desprecio del necesitado, la usura, el odio universal, y los tiene continuamente aherrojados. Y en cambio, ¿qué ha introducido? ¡Ah Señores! ¿cómo es posible saber, ¡qué saber! cómo es posible enumerar lo que la beneficencia pública cristiana ha hecho?

todas esas admirables y variadas fundaciones para pobres, huérfanos, expósitos, peregrinos, ancianos, viudas desamparadas, niños de jornaleros, mujeres caídas, sordo-mudos, dementes, condenados á muerte, presidarios y encarcelados? ¡Oh gloria del reinado de Cristo y de solo el reinado de Cristo! que esto nunca lo hará el espíritu humano llevado de su natural y filantropía. La caridad pública y privada es don divino, y no la han tenido sino los vasallos de Cristo; y por eso aquí todo paralelo es imposible. ¿Qué paralelo es posible entre la sociedad cristiana, que no tiene pueblo sin hospital, y aquella Roma, que contando con cerca de cuarenta y nueve mil casas, no tenía ni una sola para acoger á los desvalidos? ¿Y qué digo tener? ¿acaso las conoció? Abrid el Diccionario latino, y no encontraréis ni nombre para hospital. Preciso fué que lo inventasen San Jerónimo y Justiniano, formando de dos dicciones griegas la palabra *noso-comium*.

Y si hoy aun fuera del catolicismo hay beneficencia, Señores, ese honor lo reclamo para Jesucristo, porque esa beneficencia no es más que los buenos hábitos que la Religión católica ha introducido en la civilización europea.

Pero no, he dicho que no hay paralelismo posible entre los súbditos de Cristo y los del mundo; y sí hay uno: es el paralelismo de oposición. Nosotros elaboramos la prosperidad popular europea: ellos con la reforma protestante la echan por tierra. Nosotros beneficiamos á los indios: ellos los han hundido. Nosotros levantamos hospitales riquísimos: ellos los han

destruido. Nosotros establecimos fundaciones benéficas, y han desaparecido. Nosotros vamos, y asistimos, y auxiliamos, y morimos junto á los leprosos, coléricos y apestados: ellos escapan de su lado. Nosotros organizamos conferencias: ellos roban sus fondos. Nosotros fundamos círculos de obreros: ellos *clubs* revolucionarios. Nosotros casas de recogidas: ellos casas de pérdidas. Nosotros tenemos quienes se imponen sacrificios, privándose de diversiones, comiendo alubias sin aceite y vistiendo percal para visitar al pobre y darle lo que gastarían en platos de perdices y vestidos de seda; y ellos ejercitan la caridad bailando, y toreando, y arrojando al pobre las sobras. En fin, nosotros sabemos fundar hospitales de hombres y dar la vida por el prójimo: ellos crean sociedades protectoras de animales, cementerios de perros y modas tan filantrópicas como la de los yanquis, donde de ellos y ellas hay, que, no ya con piel de liebre ó de cabrito, sino con piel humana, fabrican sus estuches, sus carteras y los cinturones con que ciñen sus delicados talles.

Y lo que llega al colmo, Señores, este salvajismo civilizado de los malos, que empezó con la reforma protestante, antítesis perfecta del reinado de los buenos de Cristo, ha terminado hoy por un crimen de lesa beneficencia y caridad cristiana. Había Jesucristo constituido al clero secular y regular, patrono y amparo del necesitado; y el que diga que no lo fué, da muestras de ignorar la historia de los caminos, de las calzadas, de los hospitales, de los colonos, de las casas de expósitos, de los colegios, de las escuelas,

de los hospicios, de las casas de recogidas y sobre todo de los mendigos, y no haber oído jamás los nombres de Barrantes, San Quirce, Navarrete, Mendoza, Vela, Quirogas y Cuadrilleros, Anayas y Maldonados, Villanuevas, Riberas y Cisneros... ¿quién va á nombrarlos todos? Este clero tenía mucho dinero (ménos de lo que decían los que se lo envidiaban, aunque mucho más de lo que pareció cuando lo robaron), un tesoro que los fieles de Jesucristo les dieran, viendo que favorecían las buenas obras. Pero los que no eran vasallos de Cristo se lo robaron, y desde entonces ya no favorecen á los pobres: cerróse aquella mano que á tantos socorría. No tenían para sí, ¿qué habían de dar á los demás? Hubo sacerdote que se vió precisado á ir á picar piedra para sustentarse. Hubo monjas que por tres meses se alimentaron, dieciseis que eran, con seis libras de patatas al día. Pero entonces se vió claro que la beneficencia verdadera es obra del Rey de los buenos. Apareció una plaga hasta entonces desconocida, el pauperismo. ¡Ah Señores! ya no reclama la Iglesia sus cálices, sus casullas, sus templos, sus ermitas, sus cuadros, tapices, joyas, dotes de monjas, bienes de conventos, bibliotecas: todo lo perdonó... Pero los tesoros de los pobres, ¿dónde están? ¿Quién tiene las riquezas de aquellos Obispos de Cristo, que no las distribuye entre tantos necesitados? ¿Quién posee las fincas de aquellas iglesias de Cristo, que hoy los colonos no pueden levantar cabeza? ¿Qué han hecho esos poseedores por el bien de la nación? ¿Han hecho entre todos ellos lo que hizo uno solo, por ejemplo, el Prelado de Plasen-

cia, que respondiendo á un Ministro de Hacienda, le decía: «En estos seis meses he repartido más de un millón entre labradores y arrieros, 300 dotes de huérfanas á 1.500 reales cada una, donativos para la nación, para el hospicio y una calzada pública?»

¡Ira de Dios! hoy se levantan los desheredados de la fortuna, los socialistas y anarquistas, en testimonio de que la sociedad sin Cristo no tiene beneficencia, ni bondad, ni caridad.

Y todavía ha habido librepensador que ha acusado al clero, de que favorecía demasiado á los colonos, porque «daba baratas las tierras á los pobres;» porque les tenía consideraciones y perdonaba deudas! Y ha habido escritor que alabe á Enrique VIII, porque para reformar á Inglaterra «destruyó los hospitales, donde el pueblo bajo encontraba su subsistencia, y porque, con el espíritu de pereza que inspiran, aumentan la pobreza universal!» Señores, ¿pueden darse sentimientos más crueles, corazón más de fiera? Pues eso es la sociedad anticristiana, sociedad verdaderamente sin entrañas, como dice la Sagrada Escritura: *Viscera impiorum crudelia*.

Voy á terminar, Señores. En lo que acabo de citar, tomado de Montesquiéu, se alaba además á Enrique VIII por haber destruido á los frailes, «gente perezosa, dice, que fomentaba la pereza de los demás, porque, practicando la hospitalidad, hacía que una infinidad de personas ociosas pasasen su vida corriendo de convento en convento.» Ahora bien, Señores, el ápice de la perfección en la sociedad de Cristo

es el estado religioso, ¿cómo pues podrá ser Cristo Rey de los buenos, si como dice Montesquieu y repiten hoy á coro tantísimos otros, la porción escogida, las Órdenes religiosas son un hato de perezosos que no hacen más que fomentar la ociosidad de los demás? Pero no, Señores, es tan manifiesta esta impostura, que á pesar de su audacia, no inspira á mi pecho indignación, sino desprecio y lástima. Porque ¿quién no sabe que las Órdenes religiosas, aun con todos los defectos de sus individuos, han realizado todos los ideales de la perfección humana? que fueron el ideal de la abnegación en los austerísimos cenobitas y anacoretas del Desierto; el ideal del apóstol en los misioneros; el ideal del soldado en las Órdenes militares de aquellos caballeros, corderos en la paz y leones en la guerra; el ideal de la caridad en las Hermanitas de los pobres, en las Hijas de la Caridad y Hermanos de San Juan de Dios, consagrados al cuidado de enfermos molestísimos, y en las Órdenes redentoras de cautivos, de las que una sola, la de la Merced, rescató á más de 71.000 cautivos, á precio no raras veces de la vida de los religiosos; el ideal de la devoción en las órdenes contemplativas; el ideal de la mujer, formando vírgenes purísimas y maestras amabilísimas de la niñez y heroínas de la caridad; el ideal del amor al pueblo, á quien han beneficiado con limosnas, hospitalidad, enseñanza, colegios, bibliotecas, congregaciones, aumento del culto, restituciones, moralidad y paz en las familias; en fin, y ya que nos arrojan el guante, el ideal mismo del trabajo. ¿No sabía Montesquieu que los Benedictinos, por ejemplo,

tienen de regla el trabajo para sustentarse y sustentar á los pobres? ¿No saben él y sus secuaces los terrenos que han desmontado, los pantanos que han desecado, los plantíos y riegos que han dirigido en todos los siglos en Europa? ¿No saben que los Cistercienses nos dejaron acabados trabajos en arquitectura, pintura, cincelado, música, joyería, miniatura y cristales de colores; que los Trapenses desecaron las lagunas pontinas, que los Salesianos poseen vastos talleres con todos los adelantos modernos para la educación del obrero, y que las religiones cuentan por miles sus escritores, pues sólo la de San Benito ha dado más de 15.000? Por fin, ¿no saben que los monjes y frailes fueron los que con sus manuscritos, escuelas, libros, artes y ciencias educaron á Europa, y que á ellos se debe la mayor parte de las obras, investigaciones críticas, revisiones, diccionarios de lenguas bárbaras, historias y monumentos conservados de la antigüedad, que hoy consultan sus calumniadores, quienes si algo saben se lo deben á los frailes y si no saben más y dicen esos dislates, es porque no han leído mejor sus profundas obras? ¡Oh! cuántos datos pudiera ahora aduciros! Oídme siquiera uno. El año pasado de 1899 las congregaciones religiosas en Francia albergaron, vistieron y alimentaron gratuitamente en sus asilos, hospicios, hospitales, etc., á 250.000 desgraciados, economizando con ello 100 millones de francos á los contribuyentes. Dieron la primera enseñanza á más de dos millones de niños, la segunda á 71.000 adolescentes y la enseñanza superior á 10.000 jóvenes, cuya educación gratuita

representa una suma de 130 millones de francos. ¿Os parece que esto lo puede hacer un regimiento de zánganos? Vaya por lo que ha hecho la masonería, que se ha extralimitado oponiéndonos un huerfanato subvencionado por la municipalidad de París con 34.000 francos, sacados... de los contribuyentes.

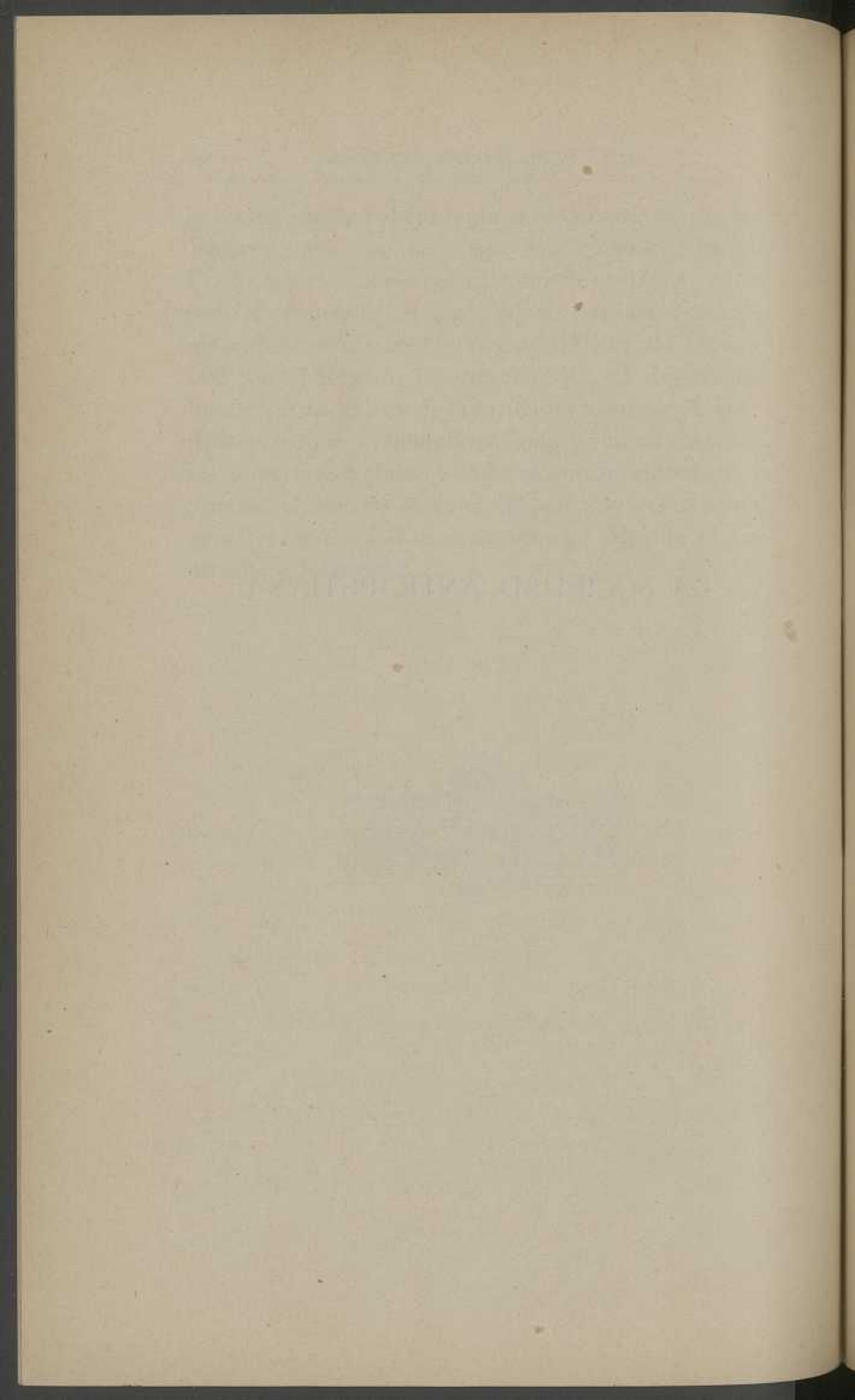
Cuando hagan otro tanto los incrédulos, los masones, los librepensadores, entonces podremos discutir con ellos. Entretanto, yo... los desprecio; y puesto á los pies de Jesucristo, protesto y reconozco agradecido, que aunque Él no hubiera hecho más que fundar las Órdenes religiosas, sería dignísimo de nombrarse Rey de los buenos. Y admirable gloria la suya y estupenda fecundidad la de su espíritu, que desde 1816 á 1865 se han fundado, aprobadas por el Vicario de Jesucristo, nada ménos que 198 asociaciones y congregaciones religiosas, consagradas en su mayoría á obras de misericordia. También los protestantes pretendieron en este siglo, á imitación de nuestras Hermanas de la Caridad, fundar las Betanias y Puseitas. Pero ¿qué resultaron? Unos colegios de jovencillas regaladas, sin espíritu ni votos, aborto de la filantropía, y que, según frase de un testigo ocular, en nada se ocupaban más que en cazarse algún marido de entre los empleados ó enfermos á que asistían. Pero tienen los impíos tan estragado el gusto, que querrían más ver á las mujeres en el Serrallo, que no consagrarlas para esposas de Jesucristo.

Señores, tengo mucho más que deciros, pero no puedo más. Ya entenderéis por lo dicho que Jesucristo es Rey de los buenos. Lo que no se entiende

es, cómo puede haber hombres tan degradados como Voltaire, que con sacrilega desvergüenza llame á Cristo autor de nuestras calamidades y ponga como grito de guerra á los suyos aquel: «Aplastad al infame.» ¡Infame Cristo? ¡Infame tú, el Rey de los santos? ¡tú, el Rey de las vírgenes? ¡tú, el Rey de los honrados? ¡tú, el Rey de la caridad? ¡tú, nuestro bien?... ¡Infame el que te infamó! ¡Infame Voltaire! ¡Infames los volterianos! ¡Infame todo el que se aparte de ti! ¡Infame el que no te ame! *Si quis non amat Dominum Iesum Christum sit anathema!* ¡Maldito el que no ame á Jesucristo!



LA SOCIEDAD ANTICRISTIANA





LA SOCIEDAD ANTICRISTIANA

¡Qué hermoso fuera el mundo, si no hubiera
Más ley en él que la cristiana ley,
Y otro cetro á los hombres no rigiera
Que el cetro paternal de Cristo-Rey!

El orbe todo un reino formaría
Que tendría por nombre *Caridad*:
¡Y en este reino santo sí que habría
Libertad, igualdad, fraternidad!

Mas ¡ay! que hace ya un siglo, las naciones,
Encarándose altivas con su Dios,
Repiten en sus torpes corazones:
Nolumus hunc regnare super nos (1).

De rebelión dió el grito un hombre impío,
Cuya frente el pudor jamás ornó;
Y Francia, la primera en su extravío,
Por seguir á Voltaire, de Cristo huyó.

(1) No queremos que ese reine sobre nosotros (Luc. 19-14.)

¡Desdichada nación! Porque á los vicios
El nombre de virtudes supo dar,
Y de tales virtudes los ficticios
Atavíos en sí pudo ostentar;

Creyó que madre de virtudes era,
Con ellas se vistió, y en su altivez
Vióse desnuda y sin pudor siquiera
Para llorar su torpe desnudez.

Vió á sus hijos cual furias infernales
Correr al crimen ébrios de furor,
Blandiendo ensangrentados los puñales
De la incendiaria tea al resplandor.

Sacerdotes, doncellas consagradas
De su puñal al golpe vió espirar;
Y con su sangre pura vió amasadas
Las cenizas del templo y del altar.

Cercada de asesinos y ladrones
Doquier la guillotina apareció,
Y devoró los hombres á millones,
Y su tajo en la sangre se afiló.

Y aquel pueblo de tigres inhumanos
Sin Dios, ni patria, ni pudor, ni ley,
Entre el batir de ensangrentadas manos
En un cadalso degolló á su rey.

Sangre pedían turbas fratricidas
En torno del cadalso; y á su voz
Rodaron mil cabezas confundidas,
Como espigas segadas por la hoz;

Y entre gritos, blasfemias, carcajadas,
Cruelles hienas en forma de mujer
Lanzáronse á la sangre desgñadas,
Y sangre osaron sin horror beber.

¡Tremenda expiación! La Francia impía
No quiso á Jesucristo por Señor;
Y ¡ay! en el pueblo á quien Jesús no guía,
¿Quién puede ya reinar sino *el Terror*?

Mas ni de sola Francia fué el pecado,
Ni Dios á sola Francia castigó:
Todas habían á su Dios dejado,
Y Dios de todas enojado huyó.

Si en su seno no hallaron las naciones
Quien blandiese la daga criminal,
Trajéronles de Francia las legiones
Estrago y muerte y corrupción moral.

Desde entonces se arrastra carcomida
Aun la España que un tiempo invicta fué;
Que de virus mortífero invadida,
Perdió sus glorias al perder su fe.

¡La fe! Sagrado vínculo que unía
A los hombres en lazo fraternal;
Rompió el vínculo santo mano impía,
Y ya el lazo de unión es el dogal.

Ya toda Europa es foco que se inflama
De ambición, sensualismo é interés;
De la unión fraternal madre se llama,
Y una jaula de fieras solo es.

Y aunque elegante y culto es su ropaje
Y su trato la misma afectación,
Es una Europa... ¿lo diré?... ¡salvaje!
Porque salvajes sus costumbres son.

Y en tanto, ¡nos alaban sus progresos
Porque diestra al vapor sabe enfrenar?
Porque en mágica red los pueblos presos
Del Sur al Septentrión pueden hablar?

Abrácense con hierro las naciones,
Hable la Europa desde el Dwina al Po:
Mientras no rija Dios los corazones,
Las tierras se unirán, ¡los hombres no!

Trabaja el pobre de sudor bañado,
Y en tanto al rico entre placeres ve:
Antes supo mirarle resignado,
Porque miraba al cielo con la fe.

Mas se la han arrancado de su pecho,
Ya no tiene ni fe ni religión,
Y de ambición y de furor deshecho,
Intenta dominar por la explosión.

Ya del orden social los fundamentos
Oculta mano barrenando va,
Y la mina cavada en sus cimientos
De dinamita de odios llena está.

¡Temblad, naciones que insultáis al cielo
Y osáis correr de la impiedad en pos!
¡Ay si el rayo encendido de su celo
Lanza en la mina justiciero Dios!

Rota en pedazos volará la Europa,
Y en sus ruinas del uno á otro confín
Danzará de placer inmunda tropa
De anarquistas en lóbrego festín.

¿No véis? ¿No véis sus turbas harapientas
Como las olas del hinchado mar
Imponentes alzarse y turbulentas
Y al universo entero amenazar?

Ya en sus manos callosas se estremece
La segur con que se arman á la lid;
Y aun la voz de los impios se alza y crece
Exclamando: «¡La fiera reprimid!»

¡Oh! queréis vuela libre el pensamiento,
Y os atrevéis, infames, á gritar:
«¡Represión! ¡Represión!» ¡Si dáis sustento
Á las fieras que os han de devorar!...

Mas ¿cómo reprimir á los malvados?
¿Con qué dique su furia contener?
¿Con el engaño? ¡Están escarmentados!
¿Con el cañón y el máüsser? Puede ser.

Mas ¡ay! si un día acaso se pusieran
A su servicio el máüsser y el cañón,
¿Quiénes hay, Justo Dios, que reprimieran
Del volcán inflamado la explosión?

¡Solo, Señor, tu mano omnipotente
Que refrena los vientos y la mar!...
Solo tu fe, porque ella solamente
Es quien puede á las fieras amansar.

¡Ay del mundo, Señor, si te rechaza
Y se hace á tus venganzas acreedor!
¡Feliz, si á ti se vuelve y tu fe abraza!
¡Tú, Dios mío, serás su Salvador!



JESUCRISTO

REY DE LAS VICTORIAS

IESUCRISTO

REV. DR. J. A. L. L. L.



JESUCRISTO

REY DE LAS VICTORIAS

SEÑORES:



A estáis cansados; no os molestaré con un largo discurso. ¿Para qué? La materia de todos modos es inagotable.

Habéis contemplado a Jesucristo como Rey del espacio, como Rey de las inteligencias, y como Rey de los corazones. Mas ántes de concluir, ocurre preguntar: ¿y cuánto durará este divino Reino?

Si consultáis á los pseudofilósofos del último siglo, ya para estas fechas habría pasado á la historia. ¿Cómo no, si los filósofos se habían declarado enemigos suyos! Novedad extraordinaria, por cierto. ¡Ya se ve! Hasta el siglo XVIII la Iglesia de Dios no había tenido enemigos; ó á lo ménos, sus enemigos no

habían sido personas de importancia. Ellos, los filósofos, eran sin duda los llamados á destruirla. ¿Qué digo los filósofos? Uno solo de ellos bastaba y sobraba para echar por tierra toda la Iglesia universal. ¿Os parece que hablo de burlas? Pues oíd las palabras textuales del mismo Voltaire: «Ya estoy cansado, dice, de oír que han bastado para establecer la Iglesia doce hombres, y tengo ganas de probar que basta uno solo para destruirla.» Insensato! Un solo hombre para destruir la obra más grande de Dios sobre la tierra, aquella á quien la misma verdad infalible ha dicho: Todas las furias del infierno no prevalecerán contra ti!

¿Y quién podría ser este hombre tan poderoso? ¿Por ventura Nerón, encarnación viva de la crueldad sobre la tierra? Nerón murió de muerte desastrosa, y la esposa del Cordero salió incólume de las garras de aquel monstruo coronado. ¿Tal vez los emperadores que le sucedieron en el trono, herederos á un tiempo de su poder y de su odio contra el nombre cristiano? Por espacio de tres siglos intentaron ahogar á la Iglesia en un mar de sangre; pero sobre ese mar flotó incólume, cual otra arca de Noé, la barquilla del pescador; mientras sus enemigos perecían ahogados en la misma sangre inocente por ellos derramada. Entonces, ¿sería Juliano el apóstata, el hombre destinado para aniquilar al cristianismo? Así al ménos lo creyó él en su orgullo; más bien claro hubo de confesar su impotencia, al arrojar contra el cielo su última blasfemia, envuelta en su propia sangre: «¡Venciste Galileo!»

¡Ah, Señores, todos estos adversarios de la Iglesia, en opinión de Voltaire eran pigmeos! El destructor

del cristianismo tenía que ser un hombre de más talla; por ejemplo, él!... Á él ¿qué le costaba *aplantar al infame*? Cuestión de veinte años. «Dentro de veinte años, escribía en carta á D'Alembert, dentro de veinte años ya estará Dios divertido!» En efecto: esta profecía lleva la fecha de 25 de Febrero de 1758; pues bien, Señores, justamente el 25 de Febrero de 1778, es decir, á los veinte años cabales, y á la hora precisa en que Dios debía quedar divertido... un vomitillo de sangre acometió al filósofo profeta, y... le dejó divertido para siempre. Así se cumplen, Señores, las profecías de los enemigos de Cristo.

En cambio, ved cómo se cumplen las del mismo Cristo. Él ha prometido que su Iglesia será perseguida; y sus mismos enemigos, al perseguirla, hacen que se cumpla la promesa. Él ha predicho también que su Iglesia no perecerá; y todo el empeño de los impíos por hacerla perecer, solo ha servido para propagarla más y más, y robustecerla á pesar suyo. La historia de la Iglesia es la historia de un combate continuo y de un continuo triunfo; combate con enemigos exteriores y con enemigos interiores, combate en el terreno material de la fuerza y en el espiritual de las inteligencias, combate duradero como el tiempo y extenso como el espacio; pero combate coronado siempre con el triunfo, porque Jesucristo así lo ha prometido, y Jesucristo es el Rey de las victorias.

No hace muchos años que un escritor impío, norteamericano por más señas, lanzó á los vientos la estu-penda novedad de que la Iglesia camina á una crisis

inminente; que ya se ven las nubes bajas... que ya se oyen los rumores de la amenazadora tempestad... Y todo ¿porqué? Porque la Iglesia ¡cosa inaudita, Señores, la Iglesia tiene enemigos en el siglo XIX!

Increíble parece que los impíos no acaben nunca de escarmentar con el ejemplo de sus antecesores. Porque, Señores, prescindo yo ahora de la fe, prescindo de que la Iglesia lleva en su frente el sello de la divinidad, y de que Dios le ha prometido eterna duración; quiero hacer por un momento el papel de racionalista. Pues bien, examinando imparcialmente la historia de la Iglesia, de sus persecuciones de todas clases, y de sus triunfos en todas sus persecuciones á través de diecinueve siglos; por decoro natural, por amor propio, por estima de mi razón, por respeto á la verdad, os diría sin rebozo: Señores, francamente; ó la Iglesia no ha de morir nunca, ó á lo ménos, yo no veo de qué manera pueda morir. ¿Se aterran los pusilánimes de ver levantarse ante León XIII al usurpador Humberto? También se levantó Nerón ante San Pedro, y Diocleciano ante San Marcelino, y Atila ante San León, y Teodorico ante San Juan, y Belisario y Constante II y León el Iconoclasta ante San Silverio y San Martín y San Gregorio, y Miguel el Beodo ante Nicolás II, y Otón I ante Juan XII, y Crescencio ante Gregorio V, y Enrique IV ante Gregorio VII, y ante Alejandro III Federico Barbarroja, y ante Inocencio III Otón de Brúnswick, y Federico II ante Gregorio IX, y Felipe el Hermoso ante Bonifacio VIII, y Luis de Baviera ante Clemente II, y los Colonnas ante Eugenio IV, y Napoleón ante Pío VII,

y Víctor Manuel ante Pío IX... ¿Y qué consiguieron? Estrellarse uno en pos de otro contra la roca del Vaticano, sin hacer vacilar en lo más mínimo sus indestructibles cimientos.

Mas ya que no en el terreno de la fuerza, ¿será de temer en el de la inteligencia, la crisis que nos anuncia el doctor norteamericano? Muchos errores hay hoy día ciertamente: el racionalismo, el materialismo, el escepticismo... pero ¿cuándo no ha tenido que luchar con errores la Iglesia de Dios? Algo más combatida que hoy se vió por ejemplo, en tiempo del arrianismo, cuando según expresión de San Jerónimo, *el universo entero gimió viéndose arriano*. Y ya del arrianismo ¿qué nos queda? Lo que nos quedará mañana de los errores que andan en boga hoy día. Cuando el siglo XIX sea uno de tantos siglos de la antigüedad y sus errores hayan pasado de moda, dirán parafraseando á San Jerónimo las futuras generaciones: «Gimió el universo viéndose materialista, gimió el universo viéndose racionalista, gimió el universo viéndose escéptico y ateo... y el materialismo, y el racionalismo, y el escepticismo sucumbieron, y la Iglesia de Jesucristo permanece en pie.»

¿Y estas son las crisis que el escritor norteamericano nos profetiza? ¿Este es después de tantos trabajos el parto de su vigorosa inteligencia anglosajona? ¡Ah, Señores, para tales partos y tales profecías, no creo que se necesite ser anglosajón ni norteamericano!

¡Cuánto más lógico fuera discurrir de este otro modo con el ilustre Macaulay, escritor protestante, y

como tal, nada sospechoso de catolicismo, mas al fin escritor serio, imparcial y sensato: «Ningún signo indica que se halle cercano el fin de tan prolongada soberanía (la de los pontífices de Roma); y así como ha visto el principio de todos los establecimientos eclesiásticos que hoy existen, ¿quién sabe si no está destinada á ver también su fin? Si era grande y respetada ántes de que los sajones hubieran pisado las playas de Inglaterra, ántes de que los franceses hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega estaba floreciente aún en Antioquía, cuando los ídolos recibían culto en el templo de la Meca; bien puede continuar siendo grande y respetada, cuando los viajeros de Nueva Zelanda se detengan en medio de vasta soledad, y apoyados en los arcos rotos del puente de Londres, dibujen las ruinas de la catedral de San Pablo.»

Esto dice, Señores, un protestante; un hombre que no ve en el Pontificado católico más que una obra puramente humana, por añadidura, contraria á la razón y al evangelio, según confiesa él mismo poco después, «con admiración y con pena.» Pues ¿qué diremos nosotros, que gracias á la fe, vemos en la Iglesia el verdadero Reino de Jesucristo, por quien el mismo Jesucristo ha prometido velar hasta el fin del mundo? Nosotros, nos reiremos de la necedad de los impíos, cuando nos vengán anunciando *inminentes crisis*, ó prometiendo *aplastar al infame*, ó *dejar á Dios divertido*. Nosotros, aunque veamos al Papa preso ó desterrado y oigamos decir á sus enemigos lo que decían en tiempo de Pío VI: «Católicos, guar-

dad bien á vuestro Papa, y si se muere, embalsamadle, porque es el último que os queda;» profetizad, les diremos, cuanto queráis; que ya sabemos cómo se cumplen vuestras profecías. Nosotros, cuando veamos caer las dinastías y derrumbarse los imperios, podremos exclamar: No hay en el mundo imperio, fuera de la Iglesia, que haya durado veinte siglos, ni hay dinastía, si no es la de los Papas, que haya contado 263 soberanos. Nosotros, si viéramos llegar los días de la persecución, y contempláramos proscritas las órdenes religiosas, y extinguida una y mil veces la Compañía de Jesús, responderíamos á los gritos de triunfo de la impiedad: Sean proscritas las órdenes religiosas, muera si es preciso la Compañía de Jesús; la Iglesia no morirá! Nosotros no profetizamos paces, sino luchas y victorias; el tiempo futuro será para la Iglesia tiempo de persecución, lo mismo que el pasado; y no por eso creeremos estar en vísperas de crisis; antes al contrario, si algún día la Iglesia llegare á tener paz con sus enemigos, entonces sería de temer la crisis verdadera. Se levantará tal vez un nuevo Nerón, y sucumbirá; se levantará un nuevo Arrio, y sucumbirá; se levantará un nuevo Lutero, y sucumbirá; se levantará un nuevo Voltaire, y sucumbirá; se levantarán estos y todos los enemigos de la Iglesia juntos, cuando se levante el Antecristo; y todos ellos, con el Antecristo á la cabeza, sucumbirán; mientras que la Iglesia, el Reino de Jesucristo, incólume de los ataques de todos sus enemigos, solo sucumbirá cuando sucumba el mundo.

Pero ¿qué es lo que digo? ¡Cuando sucumba el

mundo? Precisamente entonces será cuando la esposa de Cristo se levante más vigorosa y espléndida, convertida de Iglesia militante en Iglesia triunfante é inmortal. Aquel, Señores, será el día del verdadero triunfo de Jesucristo. Vosotros y yo lo hemos de presenciar con nuestros propios ojos.

Allí aparecerán los soberbios enemigos de la Iglesia, rugiendo desesperados bajo las plantas del Rey de las victorias; allí, los que se opusieron á las conquistas de Cristo; allí, los sabios anticristianos; allí, los malos y los que llamaron locos á los buenos; allí, los perseguidores y opresores de la Iglesia católica; allí, toda la hez del mundo se aglomerará consternada, y exclamará viendo á los buenos levantarse por el aire, llenos de gloria y resplandor: «Estos son aquellos á quienes despreciamos y perseguimos; miradlos hoy colocados entre los hijos de Dios.» Y los hijos de Dios, después de ver á la muchedumbre precita hundirse en los abismos bajo el peso de la eterna maldición, volverán sus ojos al Rey inmortal de los siglos, y elevarán en su honor el canto de victoria más sublime que escucharon jamás los cielos y la tierra.

¡Nobilísima y bienaventurada comitiva, Señores! ¡Dichosos de nosotros, si nos halláremos formando parte de ella! Allí estaremos con esos apóstoles, con esos mártires, con esos doctores, con esas vírgenes, con todos esos buenos y esos sabios de Cristo, á quienes habéis admirado y aplaudido en los anteriores discursos. Con ellos subiremos gloriosos á nuestra verdadera patria, donde asentará su trono Jesucristo,

para dar principio á aquel reinado de paz y bienandanza que nunca tendrá fin.

Entonces sí que veremos claramente la necesidad de los impíos, que tantas veces nos profetizaron la ruina de la Iglesia. Entonces sí que brillará en todo su esplendor la verdad de la promesa de Cristo, que en lo más vivo de la persecución nos aseguraba: «¡No prevalecerán!» Y entonces sí que exclamaremos mucho mejor de lo que ahora pudiéramos hacerlo para remate de toda esta academia: ¡Gloria al Rey de las conquistas! ¡Gloria al Rey de las ciencias! ¡Gloria al Rey de las virtudes! ¡Gloria al Rey de las victorias! ¡Gloria y honor para siempre á Jesucristo Rey!



NO PREVALECERÁN!

20. JULY 1871

¡NO PREVALECERÁN!

ESCENA IMAGINARIA EN TRES CUADROS

CUADRO PRIMERO

HALAGOS DE LOS LEOPARDOS

Hi potestatem suam Bestiae tradent.
Estos *reyes* entregarán su poder á la Bestia.
(Apoc. 17, 13.)

PERSONAJES

Su Santidad el Papa Pío IX.	Cavour.
El Cardenal Antonelli.	Napoleón III.
Víctor Manuel, rey de Cerdeña.	Un ministro de Francia.

CUADRO SEGUNDO

DENUEDO DE LOS CORDEROS

Hi cum Agno pugnabunt.
Estos *reyes* lucharán con el Cordero.
(Apoc. 17, 14.)

PERSONAJES

Su Santidad el Papa Pío IX.	El General Lamoriciere.
El Cardenal Antonelli.	Un zuavo pontificio francés.
Un obispo.	Un zuavo pontificio español.
Un religioso.	Un aldeano.

CUADRO TERCERO

LOS VENCIDOS VENCERÁN

Et Agnus vincet illos.
El Cordero vencerá á estos *reyes*.
(Apoc. 17, 14.)

PERSONAJES

Su Santidad el Papa Pío IX.	El Embajador de Prusia.
El Cardenal Antonelli.	» de Rusia.
El Embajador de Italia.	» de España.
» de Francia.	



CUADRO PRIMERO

HALAGOS DE LOS LEOPARDOS

Illi potestatem suam Bestiae tradent.

Estos reyes entregarán su poder á la Bestia.

(Apoc. 17, 13.)

- CARD. Ha llegado, Santidad,
 El Emperador de Francia
 Con un ministro.
- PAPA. A mi estancia
 Haced que pasen.
- CARD. Mirad
 Que con cinismo inaudito
 También quiere entrar con él
 El rey D. Víctor Manuel
 Con Cavour su favorito.
- PAPA. Que pasen también!... Por Dios!
- CARD. Va á destrozaros el alma!
- PAPA. El Señor me dará calma

Haced que pasen los dos.

CARD. Pero si como otras veces...

PAPA. Que pasen! en Dios confío.

(Vase el Cardenal.)

¡Oh, descubridme, Dios mío,
Sus hipócritas dobleces!

(Entran el Cardenal y los cuatro.)

VÍCT. M. Siempre fué honra singular
De un príncipe saboyano
Poder el pie soberano
Del Pontífice besar.

NAPOL. Y del Imperio francés
Es gloria insigne y honor,
El ver á su Emperador
Del Pontífice á los pies.

CARD. (Aparte.) ¡Malvados! ¡qué hipocresía!
¿A dónde iréis á parar?

PAPA. Reyes, yo quisiera hablar
Sin doblez y sin falsía.

VÍCT. M. Pues ¡qué! Santidad ¿creéis
Que hay en mis palabras dolo?

PAPA. Yo no sé nada, Dios solo
Sabe lo que pretendéis.

VÍCT. M. Santidad, yo no pretendo
Sino ir poniendo la planta
En las huellas de la santa
Estirpe de que desciendo.
Los príncipes saboyanos
Siempre al Papa han defendido.

PAPA. Es verdad, mientras han sido
Buenos príncipes cristianos.

VÍCT. M. Yo lo soy como el que más,
Del Papa y la Iglesia amante,
Y en prueba de fe constante,
No he de dejaros jamás.
Hoy que la revolución
Volcar quiere vuestro trono,
Traigo al pie de Pío nono
El saboyano pendón.

PAPA. Y eso... ¿qué quiere decir?

VÍCT. M. Que yo os vengo á defender

PAPA. Pero ¿os podré yo creer?

VÍCT. M. Pues ¡qué! ¿os podré yo mentir?

PAPA. No sé; pero aunque doblez
No haya en la oferta que me hace,
Permitid que la rechace
Monarca, por esta vez.

VÍCT. M. No es posible; ya en servicio
De la Iglesia mis banderas
Han pasado las fronteras
Del Estado Pontificio.

PAPA. ¡Mal hecho! que aunque perezcan
Mis estados uno á uno,
No acepto favor ninguno
Que vuestras hordas me ofrezcan.
Nunca al huir de una pantera
La gacela perseguida,
Se mete á salvar su vida
De un tigre en la madriguera.
¿Porqué con alarde frío
Viene á ofrecerme su ayuda,
El mismo Rey que no duda

En robarme lo que es mío?

Vuélvame las Legaciones

Y tendré fe en su palabra.

CAV. ¡Imposible! mi Rey labra

La dicha de esas regiones.

VÍCT. M. Desde que yo, Santidad,

Á pacificarlas fui,

Desde que yo mando allí,

Disfrutan de hermosa paz.

PAPA. Desde que allí mandáis vos

En virtud de vuestra espada,

Allí no prospera nada

Excepto la guerra á Dios.

Y lo que á mi pecho es

Todavía más sensible,

Esto lo mira impasible

El Emperador francés.

NAPOL. Es cierto; Su Santidad

Tiene un derecho evidente;

Mas ¿no sería prudente...

Ceder en bien de la paz?

Ya veis, si yo con mi tropa

Vengo á guardar vuestra tierra,

Tal vez en sangrienta guerra

Se inflame toda la Europa.

Y es don tan grande la paz,

Que ántes que á romperse llegue,

Es bien que esa tierra entregue

Al Rey Vuestra Santidad.

PAPA. Y vos, pues os cae en gracia

La paz, don tan soberano,

¿Porqué no cedéis Alsacia
Y Lorena al Rey prusiano? (Pausa.)

VÍCT. M. Santidad, ya una vez dado
El paso, el honor me obliga
Á que con la empresa siga:
Es un hecho consumado.

PAPA. Y á no aceptar de tal hombre
El más mínimo favor
Me obliga, no ya el honor,
Sino de Cristo el buen nombre.

VÍCT. M. Pues si decididamente
Nuestros servicios no toma
Vuestra Santidad, á Roma
Haré que avance mi gente,
Y mis legiones guerreras
Irán hasta el Capitolio
Á defender vuestro solio
De influencias extranjeras.

PAPA. ¿Y del Papa el patrimonio?

VÍCT. M. Quedará bajo mi amparo.

PAPA. ¡Oh! por fin te hizo hablar claro
Tu consejero el demonio!
Ya lo oís, Emperador,
Ya conocéis lo que intenta
Este rey que se presenta
Con aire de protector.
Robarme su intención es
El resto de mi corona:
En tal trance ¿me abandona
El Emperador francés?

NAPOL. Santidad, por vos mi espada

Quisiera desenvainar.

CARD. ¡Pues hacedlo!

NAPOL. A mi pesar

Ha de quedarse envainada.

CARD. ¿Porqué?

NAPOL. Porque un pacto justo

Prohibe la intervención.

CARD. Todo pacto que á un ladrón

Protege, es un pacto injusto.

MINIS. Además á Francia amaga

Prusia, con guerra sangrienta;

Si á vos amparar intenta,

Tal vez sus fuerzas deshaga:

Y la que entera y unida

Podría ser vencedora,

Por meterse á protectora

Tal vez se vea vencida.

CARD. Y ¡claro! en tal circunstancia,

Pues que ha de caer un trono,

Que se hunda el de Pío nono!

Y que se salve el de Francia!...

PAPA. ¡Oh diplomacia mezquina!

Si mi trono va al profundo,

No habrá ni un trono en el mundo

Que no arrastre con su ruina.

Pero á pesar del infierno,

Yo á reinar he de volver,

Porque es grande mi poder,

Porque mi reino es eterno.

Y entonces yo gobernando

De Roma otra vez monarca,

Iré de Pedro en la barca
Las olas desafiando,
Mientras de espuma en un monte,
Vayan pasando á mis ojos
Náufragos ¡ay! los despojos
De Francia y del Piamonte.

NAPOL. Santo Padre, ya habéis visto
Que yo de salvaros trato.

PAPA. Sí, como Poncio Pilato
Trató de salvar á Cristo.

CAV. El Papa se ha de portar
Cual rey de paz en la tierra.

PAPA. Y ¿vos cual rey de la guerra,
Para sus reinos robar?

VÍCT. M. ¡Oh! no está bien que por vos
Sangre humana se derrame.

PAPA. Y ¿estará bien que un infame
Vióle la casa de Dios?

VÍCT. M. Pero ¿qué haréis sin legiones
Contra ejércitos tan bravos?

PAPA. Aun tengo unos cuantos zuavos
Que oponer á tus cañones.

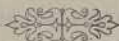
VÍCT. M. ¿Qué hará su valor audaz,
Si al fin no me han de vencer?

PAPA. Al ménos sabrán hacer
Que arrojéis el antifaz.
Veréis cuál su valentía
Vuestros cañones provoca
Á que anuncien por su boca
Vuestra vil hipocresía,
Y bárbaros rimbombando

Publiquen de monte en monte
Que está el Rey del Piamonte
Á Cristo bombardeando.

VÍCT. M. Pues Su Santidad se aferra
Y mi consejo no toma,
Quizás tendré que ir á Roma
Entre el horror de la guerra,
Aunque siente el corazón
Afligiros, como es ley.

PAPA. Si sois vos ¡oh pobre rey!
Quien me da á mí compasión!
¡Que por un rey saboyano
Renovados se hayan visto
Para la Iglesia de Cristo
Los tiempos de Diocleciano!
Hoy una horda infame os toma
Y os sube sobre sus hombros,
Y os lleva sembrando escombros
Á hundir las puertas de Roma.
¿Y humilláis vuestra realeza
Á esas gavillas soeces?
¿No es mejor morir mil veces
Que consentir tal vileza?
Venceréis, mas no me arredro
¿Qué importa volquéis mi trono?
Aunque muera Pío nono,
No puede morir San Pedro.





CUADRO SEGUNDO

DENUEDO DE LOS CORDEROS

Hi cum Agno pugnabunt.

Estos *reyes* lucharán con el Cordero.

(Apoc. 17, 14.)

PAPA. ¡Pobre rey! cómo le oprimen
Las sectas de que es esclavo,
Empujándole hasta el cabo
Por la carrera del crimen!
Mas yo, aunque mi causa fio
De Dios en la providencia,
Oponer debo en conciencia
Mis armas al robo impío.
Que no puede ser que calle
Ante el bárbaro despojo,
Sin que de Dios el enojo
Contra su Vicario estalle.
¡Ah! mis fuerzas serán vanas

Y mi derrota sangrienta;
Pero Dios tomará cuenta
A las naciones cristianas,
Que á pesar de verme solo
Frente á frente de un malvado,
Á auxiliarme se han negado
Con hipocresía y dolo.
¡Solo unos niños he hallado
Que de su fe en el delirio
Á la muerte y al martirio
Sus madres me han enviado!

(Al Cardenal que entra.)

¿Qué me queréis, Cardenal,
Llegan ya mis defensores?

CARD. Han llegado los mejores
Y entre ellos el General.

(Sale el Cardenal y vuelve á entrar con todos.)

PAPA. Venid, hijos, á mis brazos,
Estrechaos con mi pecho:
Quiero que veáis deshecho
Mi corazón en pedazos;
Que conozcáis la aflicción
Con que este anciano agoniza,
Porque cruel le martiriza
Un hijo sin corazón;
Y que al ver tantos dolores,
Al ver amargura tanta,
Os inflame una ira santa
Á mis viles opresores.

OBISP. Santo Padre, á vuestros pies
Nos manda la fe cristiana

Contra una horda inhumana
De un bandido piamontés.
Yo, como Obispo, empuñar
Tajante espada no puedo;
Mas lucharé con desnudo
Desde el púlpito y altar.
Yo haré que el pueblo despierte
Del Papa á los anatemas:
Yo haré á las bocas blasfemas
Callar con sello de muerte,
Anunciando que, si el Rey
Impío lo vuestro toma,
Por la puerta que entre en Roma
Se saldrá de vuestra grey.

PAPA. Aunque no venga otro auxilio,
Hijo mío, estoy ufano
Al ver que á un nuevo Juliano
Siempre hay un nuevo Basilio.

RELIG. ¡Santidad! las religiones
Por mí os dicen que constantes
Serán hoy lo mismo que ántes
Vuestros fieles escuadrones.
Si de aquí os llegan á echar
Os tomaremos nosotros
Y os conquistaremos otros
Mil reinos en que reinar.
Entre trabajos y ultrajes
Y sangre y duelo y sudores
Entraremos vencedores
En los países salvajes;
Y con la ayuda de Dios,

- Robaremos por doquier
Mil reinos á Lucifer,
Para entregarlos á Vos;
Y mientras vuestro verdugo
No reine ni en sus fronteras,
Vos veréis hasta las fieras
Rendidas á vuestro yugo.
- PAPA. Dios os pague el regocijo
Con que hoy endulzáis mi llanto.
- RELIG. No hacemos más, Padre Santo,
Que lo que debe un buen hijo.
- PAPA. General Lamoriciere.
- GEN. Á la orden.
- PAPA. Os he llamado
Porque sois un buen soldado,
Y el Papa os ha menester.
- GEN. Hijo de la Iglesia soy
Y á morir por Vos me atrevo.
- PAPA. ¿Traéis acero?
- GEN. Le llevo
Adonde quiera que voy,
Por si cortar se me ofrece
Á mi patria algún laurel.
- PAPA. Pues hoy cortaréis con él,
No ya el laurel que florece,
Sino un punzante zarzal
Que invadir quiere mi suelo.
- GEN. Ser vuestro soldado anhele.
- PAPA. No, seréis mi general.
- GEN. ¡General?...
- PAPA. ¿Dudáis? Pues no

Será por temor alevel

GEN. La muerte ya no se atreve
Á un veterano cual yo.
Cien veces en campo raso
La he encontrado frente á frente;
Como me cree valiente
Me saluda y cede el paso.

PAPA. Es vuestra patria quizás...

GEN. Por la patria no me aflijo;
Que si de Francia soy hijo,
De la Iglesia lo soy más.
Además no es Napoleón
Mi patria, mi patria es
El bravo pueblo francés,
Que bendecirá mi acción.

PAPA. Ya vuestro temor explico
Teméis como buen soldado
Que vais á ser derrotado.

GEN. Eso es.

PAPA. Pues yo os suplico
Que por Dios y por la fe...
Á la derrota salgáis.

GEN. No es preciso que insistáis;
Con alma y vida saldré.
Y aunque al mundo con mi acción
Cause un desprecio profundo,
¡Qué me importa á mí del mundo,
Si os amo de corazón?
Yo no he sacado jamás
De su vaina la hoja clara,
Sin que al tornarla encerrara

En pos de ella un triunfo más;
Al comprometerme hoy
À mandar vuestra bandera,
À mi derrota primera
Comprometiéndome estoy.

PAPA. Será para vos más gloria
Por Cristo vencido ser
Que cuanta os pudo traer
Vuestra más clara victoria.
Que quien va contra un canalla
Que á Dios insulta atrevido,
Nunca se dirá vencido,
Aunque pierda la batalla.

GEN. Decid, ¿qué fuerzas saldrán
Conmigo al combate fiero?

PAPA. El brazo de Dios primero.

GEN. Y ¿además?

PAPA. Pocos serán:
Y el ladrón lleva consigo
Gran artillería en pos.

GEN. Bien! el que lucha por Dios
Jamás cuenta el enemigo;
Pero aunque sea importuno,
¿Cuáles vuestras fuerzas son?

PAPA. Pues un corto batallón
De niños; ahí tenéis uno.
¿No es cierto?

Z. FR. Sí, vengo á dar
Mi sangre toda y mi vida
Combatiendo al parricida
Que tanto os hace penar.

PAPA. Cómo te llamas?

Z. FR. Adriano

Miyonnet.

PAPA. ¿Y tienes padre?

Z. FR. No tengo más que á mi madre.

PAPA. ¿Queda sola?

Z. FR. Con mi hermano.

PAPA. ¿Porqué no le traes contigo?

Z. FR. Porque es niño todavía.

Ya él envidioso quería

Venirse á morir conmigo;

Ha hecho este año la primera

Comunión; niño es, Señor;

Cuando sea algo mayor

Vendrá; después que yo muera.

GEN. Mas tú, si no me equivoco,

Tendrás la mano muy fina?

Z. FR. Manejo una carabina

Y un sable que pesa poco.

Previendo esto, en un barranco

Junto á una posesión mía

He estado día tras día

Ensayándome en el blanco.

Y, como llevo ya un mes

Que así ensayándome estoy,

Siempre casi al blanco doy

De cuatro tiros los tres.

GEN. Vas á tener miedo.

Z. FR. ¡Yo?

PAPA. Como no tienes costumbre,

Al ver del cañón la lumbré

Huirás.

Z. FR. Padre Santo, no.

PAPA. ¿Tanto confías en ti?

Z. FR. A Dios se lo he prometido,
Y mi madre me ha ofrecido
Que rogaría por mí.

PAPA. Y si un hierro sanguinario
Te llega á cortar la vida,
Va á quedar muy afligida
Tu pobre madre.

Z. FR. Al contrario.

Al darme el último adiós,
Mirándome al rostro fijo,
Con entereza me dijo:
«Vas á luchar por tu Dios;
»Debes luchar con delirio,
»Que si mueres peleando,
»Cristo te estará esperando.
»Con la palma del martirio.
»Y cuando en Roma haya abierto
»Una brecha la metralla,
»Que oiga yo que en la muralla
»Has sido encontrado muerto.
»Que en mi desamparo cruel
»Me diga tu sacrificio:
»— El Estado pontificio
»No se ha perdido por él.—
»Y no te cause agonía
»El dejar sola á tu madre;
»Que si hoy viviera tu padre,
»Contigo le mandaría.

»Y aunque te espante y asombre,
 »Más todavía te digo:
 »Por ir á luchar contigo
 »Me dan ganas de ser hombre.»

PAPA. ¿En pago de tanto amor
 Qué le puedo yo ofrecer?
 Z. FR. Pues yo me voy á atrever
 Á pedirlos un favor.
 Yo acostumbro adonde quiera
 El lazo blanco llevar
 Con que me acerqué al altar
 En mi comunión primera;
 Símbolo del alma mía,
 Á la Virgen he jurado
 Conservarle inmaculado
 Desde aquel dichoso día.
 Cuando la campaña emprenda,
 He de llevarle conmigo;
 Y cuando un plomo enemigo
 Bañado en sangre me tienda,
 Quiero, Santísimo Padre,
 Que el lazo blanco busquéis
 Y en mi nombre le mandéis
 Como recuerdo á mi madre.
 ¡Será tanta su alegría
 Cuando en sus manos le coja,
 Sin más mancha que la roja
 Mancha de la sangre mía!
 ¡Oh Padre! la bendición
 Para mi madre.

PAPA.

Sí, sí.



- A ella, á tu hermano y á ti
Os la doy de corazón,
Porque bastan con usura
Tanto amor y esfuerzo tanto
Á enjugar mares de llanto
Y océanos de amargura.
Y tú ¿de dónde has venido?
- Z. ESP. Yo, Padre Santo, de España.
- PAPA. Y ¿ninguno te acompaña?
- Z. ESP. Treinta y seis os he traído.
- PAPA. Y tú ¿tienes madre?
- Z. ESP. No,
Solo tengo un padre anciano,
Aguerrido veterano
Que en Zaragoza luchó.
Aún el alma le retoza
Á pesar de sus ochenta,
Cuando las jornadas cuenta
De Bailén y Zaragoza.
Cuando supo la aflicción
En que estaba el Padre Santo,
Quemó sus ojos el llanto
De ira y de indignación.
Mas sintiéndose impotente
La espada para esgrimir,
Me dijo: ve tú á morir
Luchando como valiente.
- PAPA. No me extraña esfuerzo tanto:
Venís del pueblo bravío
Que un día salvó á otro Pío
En las aguas de Lepanto,

Y encendido en santo enojo
Contra la turba villana,
Dejó en sangre musulmana
El mar por tres meses rojo.
Z. ESP. Es verdad, y me confundo
Y el rubor mi rostro baña:
Que no es ya España, la España
Del gran Felipe segundo.
Si lo que ahora está pasando
Hubiera pasado entonces,
Ya estarían nuestros bronce
A Turín bombardeando.

PAPA. Espero que os portaréis
Españoles, cual me amáis.

Z. ESP. Antes que Vos sucumbáis
Morirán los treinta y seis.

ALD. ¡Oh que santa envidia dan
Los que con tanto valor
De su existencia en la flor
A morir por Cristo van!

PAPA. ¿Quién eres tú?

ALD. Un jornalero
De una aldea de esta tierra,
Que por mí para la guerra
Os envía algún dinero.
Yo a fuerza de economía,
Con trabajo y honradez,
Para pasar mi vejez
Unos ahorrillos tenía.
Y ya que daros no puedo
Otra clase de socorros,

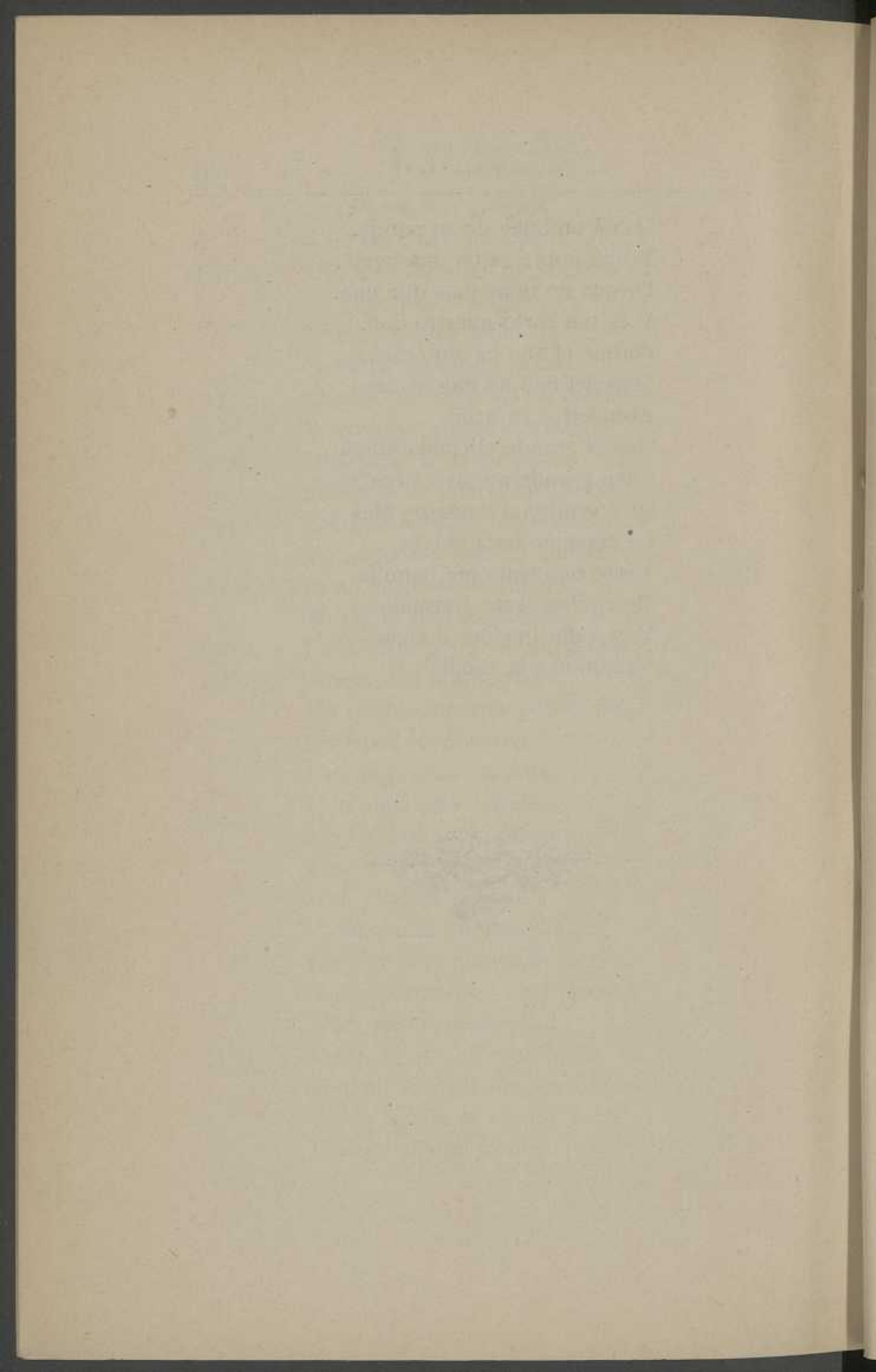
- Os ofrezco mis ahorros
Y yo sin nada me quedo.
- PAPA. ¡Oh! mis lágrimas provoca
Tu generosa hidalguía,
Pero aceptarlo sería
Quitarte el pan de la boca.
- ALD. ¿Cómo? ¿no aceptáis mi oferta?
- PAPA. Y ¿con qué vas tú á comer?
- ALD. Dios dirá: si es menester,
Pidiendo de puerta en puerta.
- PAPA. ¡Oh qué corazón tan noble!
Yo hacerte infeliz no quiero.
- ALD. Si no aceptáis mi dinero,
Mi infelicidad es doble.
- PAPA. Pues bien, por Dios lo recibo.
- ALD. Ahora ved lo que por él
Un pueblo, aunque pobre, fiel,
Os envía en donativo.
Una pobrecita anciana,
Que tenía seis corderos,
Me ha dado para ofreceros
Cuatro y un saco de lana.
Una piadosa sirvienta,
Á fuerza de privaciones,
Ha ahorrado quince doblones,
Y á vuestros pies los presenta.
Otro, de una poquedad
De trigo que ha cosechado,
Mandar al Papa ha pensado
Por lo ménos la mitad.
Uno de alguna fortuna

Os dá un buey de su pareja,
Y una pobre os da una oveja,
Porque no tiene más que una.
Y es tan corto nuestro don,
Porque el año ha sido escaso;
Pero del don no hagáis caso
Atended al corazón.

Que si grande el caudal fuera,
Cuan grande nuestro amor es,
Hoy vendría á vuestros pies
La creación toda entera.

PAPA. Tanto heroísmo me humilla
Me agobia tanto consuelo:
Voy á dar gracias al cielo,
Vayamos á la capilla.







CUADRO TERCERO

LOS VENCIDOS VENCERÁN

Et Agnus vincet illos.

El Cordero vencerá á estos *reyes*.

(Apoc. 17, 14.)

CARD. Para discutir asuntos
De general trascendencia
Solicitan una audiencia
Cinco embajadores juntos.

PAPA. ¿Cinco embajadores?

CARD. Si.

PAPA. ¿Qué quieren?

CARD. Quizá os asombre:

El pie besaros en nombre
De sus Gobiernos.

PAPA. ; Á mi?

Después de reconocer
El robo de mis Estados,

Vienen viles y doblados
Sus respetos á ofrecer?

CARD. Es demasiada insolencia:
Mandadles volverse atrás.

PAPA. Los sufriré una vez más;
Traedlos á mi presencia.

(Entran los embajadores.)

Si venís á consolar
Á este anciano en sus dolores,
Señores embajadores,
Podéis tranquilos pasar.
Mas si á pedirme venís
Lo que sabéis que no puedo,
No habléis, que en eso no cedo,
Non possumus, ya lo oís.

Mas... ó delirando estoy,
Ó estoy mirando delante,
De Italia al representante.

ITAL. ¡Santidad! el mismo soy.
Pues no puede venir él
En persona á visitaros,
El pie me manda á besaros
El rey don Víctor Manuel.

PAPA. ¿Queréis algo más?

ITAL. Esto es
Lo que mi Amo reverente
Me manda; y yo humildemente
Por él beso vuestros pies.

PAPA. Pues decidle que, si el trono
Y la robada corona
Restituye, le perdona

De corazón Pío nono:
Mas si desoyendo á Nos,
No devuelve lo robado;
No espere verme aplacado;
Non possum, lo manda Dios.

ITAL. Y ¿no queréis que al Rey lleve
La bendición que ha pedido?

PAPA. Á quien Dios ha maldecido
Nadie bendecirle debe.

ITAL. Él en cambio, liberal,
Dispone que de su erario
Se dé de Cristo al Vicario
Una asignación anual;
Y ese filial donativo
Hoy á entregaros me envía.

PAPA. Decidle de parte mía
Que no acepto, ni recibo,
Ni hoy, ni jamás de ese hombre
Cosa alguna que me entregue,
Como á mis manos no llegue
De restitución á nombre.
Y aunque hoy tanto necesito,
Hijos tengo á quien pedir,
Sin tener que recibir
Ese dinero maldito.

Y es lo más triste, que se hallan
Las naciones contra mí:
Ved sus ministros aquí;
¿Cómo á mis clamores callan?

FRANC. Francia, Santidad, deplora
El dolor de vuestro pecho;

Pero juzga que á lo hecho,
Ya de oponerse no es hora.
Porque en circunstancias tales,
Á todo trance desea
Que no haya guerra europea,
Causa de infinitos males:
Y serían sus deseos
Que una transacción prudente
Con que la italiana gente...

PAPA.

¡Callad, callad, fariseos!
Francia, en cuya mano estuvo
Rechazar la horda salvaje,
En presencia de mi ultraje
Impasible se mantuvo.
Mas ¡ay de ese pueblo infiel,
Si Dios en cuenta le toma
Que ha permitido que á Roma
Avance Víctor Manuel!
¡Ay! que pronto por doquiera
Francia ha de ver vencedores
Los fatídicos colores
De la prusiana bandera.
É irá al destierro á esconder
Vuestro ilustre Emperador
Su derrota, la mayor
Que se ha visto y se ha de ver,
Mientras con fiero rugir
Una Commune harapienta
Tienda una alfombra sangrienta
Por las calles de París.
Mas ya vendrá quien el yugo

También ponga á quien la humilla
Y meta la cruel cuchilla
En Prusia, que es su verdugo.
En Prusia, que se ha entregado
Á su férreo Canciller,
Y no tiene otro placer
Que ver al Papa humillado.

PRUS. El Rey de Prusia os venera
Como es veneraros ley,
Pero él en Prusia es el rey
Y puede hacer cuanto quiera.
Y no es de alma tan medrosa,
Que por vuestra excomunión
Se humille á ir por el perdón
Á los patios de Canosa.

PAPA. Su soberbia le enajena;
Mayores que él los ha habido,
Que si á Canosa no han ido,
Se fueron á Santa Elena.

RUSO. El Czar, Santidad, no siente
Delito que le remuerda.

PAPA. Pues qué ¿tan poco se acuerda
De Polonia y de su gente?
Mas no esperéis que me queje
De un cismático como él,
Ni del turco que es infiel,
Ni del inglés que es hereje.
Lo que me admira y extraña
Es, que al mirarme oprimido,
No haya lanzado un rugido
El noble león de España.

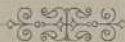
- ESP. Pero España ¿qué podía
Si toda Europa os dejó?
- PAPA. Pues por eso creí yo
Que ella no me dejaría.
¿Porqué al saber mi dolor
No protesta virilmente
A ejemplo del presidente
Del católico Ecuador?
Mas ¿porqué tanto me apeno?
¿Qué me admira? ¿qué me extraña?
¡Ay! no gobierna en España
Ningún García Moreno.
¡Oh! cuánto irrita este yerro
De Dios los ojos divinos!
Reina de tristes destinos,
Tu irás muy pronto al destierro,
Mientras en guerras civiles
Arda tu noble nación,
Y ruede á su inanición,
Escláva de los mandiles.
Hasta que un pueblo brutal,
Como á mí me roban estos,
Arrebate á ella los restos
De su poder colonial;
Sin que esta Europa grosera,
Cuya moral se desquicia,
Lance al ver tal injusticia
Ni una protesta siquiera;
Pues ya desde hoy, si no sueño,
Ha empezado á establecerse
La teoría de comerse

El pez grande al pez pequeño.
Hoy el pequeño es mi tierra,
Mañana lo será España,
Y quizás por forma extraña
Será el tercero Inglaterra.
Y tiemble toda la Europa
Que á la Iglesia está ultrajando,
Porque Cristo está llenando
De ira y venganza su copa.

FRANC. Pues Su Santidad no cesa
Y en su resistencia insiste,
Por más que á la Europa es triste,
Europa de Vos se aleja.
Y temed que, si se escapa
La Europa de vuestro lado,
Sea este el postrer papado
Y Vos el último Papa.

PAPA. ¿Yo el último? ¿Pensáis vos
Que ántes de ahora no ha habido
Quien su espada haya esgrimido
Contra la Iglesia de Dios?
Ántes de hoy le han hecho guerra
Un Nerón y un Diocleciano,
Un apóstata Juliano
Y un Enrique de Inglaterra.
Y aún conserva la memoria,
Y recuerda con terror
De un coloso emperador
Francés la terrible historia,
Que á la Iglesia quiso ahogar
Con su poder formidable,

Y se hizo polvo impalpable
Contra la Iglesia al chocar.
Y ¿presumís, por ventura,
Vosotros, pigmeos viles,
Con vuestros cuatro fusiles
Combatir roca tan dura?
No; lo que en Cristo se apoya
Ha de ser como Él, eterno,
Aunque ayude el mismo infierno
Al príncipe de Saboya.
No, no es esta la primera
Borrasca, ni la más grave
Que ha despreciado mi nave
En su gloriosa carrera.
Y aunque el huracán encumbre
El agua en revueltos montes,
Y los negros horizontes
Despidan truenos y lumbre:
Y en horrendo cataclismo
No quede nave en el mar
Que no se vaya á estrellar
En las rocas del abismo;
Sus fuerzas se estrellarán
Contra el poder del Eterno
*Y las puertas del infierno
Jamás prevalecerán.*



ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
ADVERTENCIA.....	5
Discurso preliminar.....	9
Jesucristo Rey de las conquistas.....	15
¡Paso á Cristo!.....	33
Jesucristo Rey de los sabios.....	39
La ciencia anticristiana.....	59
Jesucristo Rey de los buenos.....	71
La sociedad anticristiana.....	91
Jesucristo Rey de las victorias.....	99
¡No prevalecerán!.....	111





374.23 (4634 La Monro)





BU

1800